

La Ilustración Artística

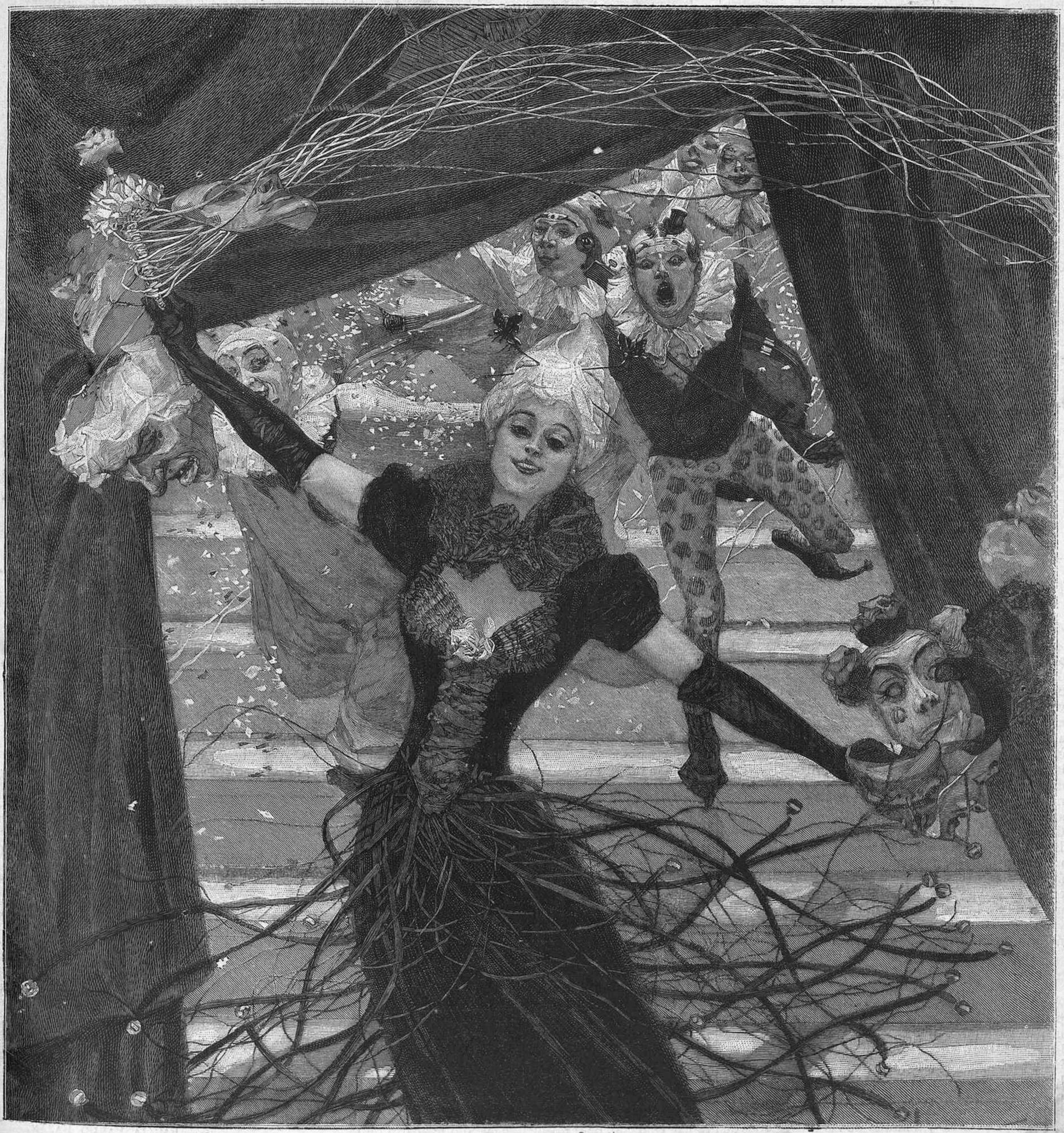


Año XX

BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1901

Núm. 999

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡VIVA EL CARNAVAL!, dibujo original de Grocholski

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que hemos adquirido el derecho de propiedad de las tres interesantísimas novelas francesas

MARIANNIC, por Andrés Theuriet

NORBERTO DYS, por Matilde Alanic

UN MISTERIO, por Enrique Greville

acerca de cuyos méritos nada hemos de anticipar porque son de ellos suficiente garantía los nombres de sus autores que ocupan un puesto tan eminente en la moderna literatura francesa.

Las tres novelas están primorosa y profusamente ilustradas, las dos primeras por el notable artista francés Marchetti y la tercera por el reputado dibujante español Sr. Méndez Bringa.

En cuanto terminemos la publicación de la obra «China» de Hesse Wartegg, insertaremos sucesivamente en la sección correspondiente de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA las tres referidas novelas, que no dudamos serán muy del agrado de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. El Carnaval. Campoamor*, por Emilia Pardo Bazán. — *Arlequín*, por Juan B. Enseñat. — *La casa de la pantera*, por Rafael Ruiz López. — *República Argentina. Buenos Aires. Tipos populares*, por Justo Solsona. — *El duque de los Abruzzos*, por S. — *El entierro de la reina Victoria*, por X. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. China. Usos, costumbres y descripciones geográficas*, por E. von Hesse Wartegg (continuación). — *La navegación aérea en 1900*, por H. de Graffigni. — *Lo que cuesta el humo*. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados — *Viva el Carnaval*, dibujo original de Grocholski. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Arlequín*. — Dibujo que ilustra el artículo titulado *La casa de la pantera*. — *República Argentina. Buenos Aires. Tipos populares. Un mensajero. Changadores. Cartero. Aterrantes. Vigilantes. Vendedores de periódicos. Compartidos y lustrabotas. Lavanderas. Príncipe Luis Amadeo, duque de los Abruzzos. Tumba de Frogmore en donde ha sido enterrada la reina Victoria de Inglaterra. Entierro de la reina Victoria de Inglaterra. Paso de la fúnebre comitiva por el Hyde Park de Londres. Servicio religioso en la capilla de San Jorge de Windsor. Notas alegres*, cuadro de J. Wodzinski. — *De la tuna*, cuadro de G. Linden. — *El eminente poeta D. Ramón de Campoamor. Niños chinos. En el fumadero. Músicos chinos. Palitos de que se sirven los chinos para comer. Pagoda de Shanghai*. — Fig. 1. Motor de cuatro cilindros construido por M. Buchet para el globo dirigible de M. Santos-Dumont. — Fig. 2. El globo de M. Santos-Dumont y el auto-aviador Boussón. — *Coquetaría*, cuadro de Eusebio Sánchez y González.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL CARNAVAL. — CAMPOAMOR

Yo hablaría del dios Momo, pero ¡si nadie se acuerda de él más que para servirle, es decir, para divertirse, porque divertirse es servir al alegre y sarcástico inmortal! Este año, á decir verdad, el Carnaval callejero empezará muy tarde. No observo la afición á arrojar *confetti*, inocente pasatiempo de los años anteriores. En esta semana que al Carnaval precede, estaban ya las calles salpicadas de papelillos, y las serpentinas principiaban á desarrollar sus roscas multicolores desde las ventanas al suelo. Hogaño la multitud no piensa en solazarse. Constantemente agrupada en las calles de San Bernardo, Isabel la Católica, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y Plaza de Oriente, profiere vivas y muertas, hierve como el agua puesta á la lumbre, tira piedras y rompe faroles, si puede, y hasta que el Domingo de Carnestolendas asome Febo su rubia faz, no acudirá á la memoria de los madrileños que estamos en Carnavals, que hay que ponerse la máscara y echar *confetti* á todo trapo.

* *

Yo ya he manifestado aquí mismo mis simpatías por los *confetti*. Ni manchan, ni lastiman, y alegran la vista de un modo extraordinario. Dios castiga á las autoridades, no sin palo ni piedra. ¿No queréis inofensivos y regocijados *confetti*, la lluvia de mil colores que anima el aire? Pues tomad motines, tomad pedradas, tomad bastonazos, tomad cuanto da de sí la inquietud y el descontento popular. ¡Pobres *confetti*, la más barata y honrada de las expansiones de Carnaval! ¿Qué os achacan? Que os enredáis en el

cabello, que os escondéis entre los adornos de sombreros y capas, que ensuciáis el arroyo (en Madrid, ensuciar el arroyo es otro colmo lo mismo que lavar el agua), que constituís un ataque «á la libertad individual» de los señores y señoras á quienes alevos manos cubren de papelillos. ¡Vaya unos pecados que han cometido los *confetti*! Las muchachas bonitas, al recibir sobre la cabeza un puñado de papelillos, sonríen. Sólo las gentes viejas y malhumoradas demuestran impaciencia y enojo.

* *

Al llegar aquí la crónica, recibo una noticia bien triste... Campoamor ha muerto. El estrépito del motín no basta para apagar la resonancia del fúnebre tañido. Campoamor ha muerto. El siglo xx no le concedió, de esa vida que tanto amaba, sino un mes y once días. A la hora en que el gran baile de palacio estaba en su plenitud — á la una y media de la noche, — Campoamor se despedía para siempre del mundo.

Tenía ochenta y tres años. Había nacido en 1817 en Navia, pueblecillo de Asturias. Era muy viejo, y además valetudinario, y sin embargo asociábamos á su nombre ideas primaverales. La misma edad que él contaba aquel otro D. Ramón, Navarrete, asistente obligado á todas las *soirées* del gran mundo; y mientras en Campoamor, retirado, se veía una representación de la eterna frescura de la Musa, de Navarrete se hacía el símbolo de la caducidad, repitiendo el conocido estribillo:

Nació el año diez y siete
el señor de Navarrete.

* *

Campoamor, por parte de padre, descendía de humildes labradores; por parte de madre, era de familia hidalga y muy preciada de linaje. Murió el padre muy joven. La madre, activa y enérgica, no debía de profesar gran afición á las letras, cuando á su muerte se encontraron en su poder los libros de su hijo intonso, sin cortar las hojas.

Hasta los nueve años, Campoamor, ya huérfano de padre, vivió en el antiguo *Pago* de Piñera, residencia solariega de su tía la señora de Campoosorio. El poeta decía que allí había adquirido la afición á vivir cómodamente y los hábitos de pereza. Allí también se robusteció su cuerpo, se enriqueció su sangre y adquirió el equilibrio y la salud que le predestinaron á la longevidad.

En Puerto de Vega estudió humanidades y se encariñó con Horacio y Virgilio. De Horacio tenía mucho Campoamor; la humorística melancolía, las suaves lágrimas que por la brevedad de la existencia y lo prosaico del amor llora el alma. Si aborreció los preceptos que le enseñaba aquel insufrible dómene D. Benito, tan semejante al Pupilo Orbilio, preceptor de griego de Horacio, en cambio el espíritu horaciano infiltróse en sus venas.

Hasta cerca de los veinte años vivió en la aldea ó en reducidos pueblecillos Campoamor. A los diez y ocho se le ocurrió ingresar en la Compañía de Jesús. Era la misteriosa crisis de religiosidad que, en las naturalezas poderosas, suele coincidir con los primeros albores del sentimiento sexual y las primeras revelaciones fisiológicas. En Campoamor la religiosidad era vago impulso de sentimentalismo, que no le impedía encontrar las iglesias muy sucias, el rosario muy monótono, los crucifijos muy sangrientos y fúnebres, y los rezos *una pesadilla*. Al mismo tiempo «sentía vértigos, veía apariciones, creía en brujas...»

El conato de ceñir la faja jesuítica es una de las páginas más curiosas de la biografía de Campoamor. El nos la ha referido, en su estilo de peculiar encanto. Cuando desistió de tales proyectos, vínose á Madrid, y encontró un hogar cariñoso en la casa del doctor D. José Serra y Ortega, tío del niño que fué después insigne escritor dramático y amigo inseparable de Campoamor — Narciso Serra.

Al pronto se aficionó á la Medicina. Pero no pudiendo fumar (Campoamor aborreció siempre el tabaco), no pudo tampoco resistir la cátedra de anatomía. San marqués de San Gregorio, célebre facultativo, le dijo entonces: «Deje usted la Medicina y dedíquese á las Letras. Para médico le sobran á usted muchas arrobos de agudeza: en la literatura está su porvenir.»

* *

Abandonada la Medicina, intentó Campoamor estudiar Derecho; pero invencible fastidio le apartó de la casa de Temis, como le había apartado de la de

Esculapio. Por fin acertó con su natural vocación, consagrándose á las letras y á la política. Ingresó en el que llamaban entonces *partido moderado*, y fué de los entusiastas de la reina gobernadora, Cristina de Borbón, á la cual celebró en verso y prosa. A los treinta años, el conde de San Luis le nombró *jefe político* de la provincia de Castellón. Hizo un gobernador resuelto y algo arbitrario, y tuvo, con ocasión de su mando, bastantes disgustos y desafíos. De Castellón pasó á Alicante, y allí conoció á la que después fué su esposa, doña Guillermina O'Gorman, «una Gracia que vale por tres: la reunión de Aglaza, Talía y Eufrosina; el pudor, la alegría y la hermosura juntas; ó, como dice más elegantemente Séneca, la que da el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve.»

* *

Mucho amó Campoamor á esta señora: mil cariñosos extremos se recuerdan de su intimidad conyugal; pero, como no hay dicha completa, bastante le hizo sufrir la extraña manía religioso sentimental que padecía doña Guillermina O'Gorman. La dama, para casarse con el poeta, había roto otras relaciones ya antiguas, y creíase culpable de la muerte de su primer novio, que sucumbió víctima de la tisis. Esta idea fija acaso determinó la neurosis, que se revelaba en crisis de aseo, en horror á todo contacto humano, en convencimiento de que estaba maldita por haberse caído al suelo, al comulgar, la partícula sagrada. Y Campoamor, á la puerta de un templo, decía á sus amigos: «Salgo de oír misa. Prefiero oír misa que oír á mi mujer.» Es de advertir que en los últimos años de la vida, Campoamor recobró la fe de su juventud y se confesó muy devotamente. Pero mientras vivió doña Guillermina — que, entre paréntesis, era de origen irlandés, — Campoamor tuvo miedo á la censura doméstica, procuró ocultar lo que escribía, y hacer creer á su esposa que era el más ortodoxo de los literatos.

* *

Y será esta pusilanimidad doméstica la única que á Campoamor puede reprocharse. Porque en el terreno político nadie fué más entero, nadie más capaz de cualquier acto de verdadera audacia. En Valencia, siendo gobernador, abrió las puertas á los amotinados y se expuso tranquilamente á la suerte horrible de Camacho, arrastrado por las turbas. En el desafío con Topete, dió pruebas de increíble serenidad, á pesar de hallarse muy enfermo de calenturas cotidianas. Por, poco cuesta aquel lance la vida á Topete, y evita la revolución de 1868.

* *

La Restauración no vió en Campoamor al antiguo *moderado*, sino al poeta insigne, y Cánovas del Castillo y Romero Robledo colmaron de atenciones y distinciones al autor de las *Doloras*. Campoamor ejerció altos cargos, y hubiese podido ser más, en el orden político, si ya la ambición no hubiese apagado sus fuegos y la vejez que empezaba no impusiese á aquel epicúreo el reposo, el dulce ocio y el único afán de prolongar la existencia. Hace dos años, quisimos Romero Robledo y yo iniciar un homenaje público y universal: la coronación de nuestro primer poeta lírico. Campoamor se opuso, no con falsa modestia, sino con terror verdadero. Creía él que la coronación le costaría la vida. Encerrado en su casa de la calle de Recoletos; saliendo únicamente á las horas de sol, abrigadísimo, en coche cerrado; sometido al régimen más minucioso y estricto, Campoamor temía la emoción, la alteración de sus hábitos, aunque sólo fuese un día. Y sin embargo, ¡quedábanle ya tan pocos!

* *

¿Qué tendrá la vida, que así la amen el menos cobarde, el más viejo, el más pesimista, el enfermo, el casi impedido por los achaques y la edad? ¿Qué tendrá la vida, que Campoamor la amó más que á la gloria?

Al morir Campoamor desaparece una de las ya contadísimas grandes figuras que nos había legado el siglo xix. Se apaga un astro. Se condensa la sombra. Inútil y encerrado entre cuatro paredes, mientras vivía era luz, era rayo de sol aún. ¡Pobre maestro! ¡Quién pudiera haberte hecho el regalo de Mefistófeles á Fausto — la juventud!

EMILIA PARDO BAZÁN.



A la hora de empezar el baile de máscaras, abundan los curiosos en la vasta acera y en la escalinata exterior de la Opera de París.

El pueblo soberano ve pasar con indiferencia á las damas y caballeros de tiros largos, que entran en el monumental coliseo, mientras que se agita y vocifera á la aparición rarísima de alguna máscara, en traje de guardarropía, transida de frío, que contesta á los bromazos del público con chuscadas de mal género.

Decadencia y pornografía.

El Carnaval ha muerto, y por más que se empeñan en resucitarlo, no lo consiguen.

La antigua alegría ha descarrilado al impulso furioso de la extremada vida moderna.

La gente quiere hoy gozar por triplicado y enriquecerse en menos tiempo del que se empleaba antes en robar el primer duro sin faltar al código.

Y á nadie le sobra tiempo para divertirse honradamente.

Times is money!

Tal es la divisa de nuestra época, gracias á la aglomeración que nos devora, y á la nulidad, desenfrenada y corrompida, del *efebismo* contemporáneo.

Entre las máscaras que vi en la plaza de la Opera, sólo un arlequín me pareció digno de atención.

Un simpático arlequín, con su mascarilla negra y traje de cuadros de distintos colores, con su espada de palo y su sombrero triangular.

Iba solo, dando voces y brincos, y haciendo contorsiones para hacer ver que se divertía.

Pero aquel simulacro de alegría, aquella fingida locura helaba el corazón.

Era como una exhumación en que faltaba la vida.

Arlequín había prestado su traje al solitario comparsa; pero su burlesca persona se había quedado en el fondo del panteón del olvido, donde han ido á parar tantas cosas buenas de antaño.

Y de todas las monadas lamentables de aquel arlequín, sólo quedó para mí un recuerdo, acompañado de una cruel coincidencia.

Recuerdo de Arlequín; coincidencia de situación.

* *

Hace unos cuantos años, cuando aún era de buen tono el ir á hacerse embromar en los bailes de la Opera, ocurrió lo que voy á referir.

Entonces, como ahora, la empresa contratada por bolos á unos cuantos bailarines, encargados de contribuir con sus chistes, con sus bromazos y con su furia en las danzas á la animación general.

Esos bailarines de lance cobraban veinticinco ó treinta francos por barba, según su antigüedad y sobre todo según su habilidad en animar el baile.

Entre ellos se distinguía por su endiablado brío un excelente muchacho, llamado Agustín Banús.

De oficio ebanista, ágil, jovial, nervioso, aficionado á la danza, se había contratado para los bailes de máscara de la Opera, donde no tardó en crearse una situación que muchos le envidiaban.

Nadie le aventajaba en el don de galvanizar al público. Nadie atacaba los rigodones con más entusiasmo que él. Nadie apostrofaba con más regocijada chispa á sus parejas; y nadie, en fin, ganaba mejor que él los veinticinco francos con que la empresa retribuía las proezas coreográficas de sus máscaras de oficio.

Los amigos de Banús concluyeron por ponerle el apodo de *Arlequín*, á causa del invariable disfraz que había elegido para el desempeño de sus joviales funciones.

Era un sábado, día de baile.

El mes de enero había hecho de las suyas.

El invierno, cuyas crudezas se dejaban sentir hacía muchas semanas, era cada vez más terrible.

Había nevado en abundancia y el hielo colgaba estalactitas en cornisas y aleros.

En un sotabanco de una casucha situada en las alturas de Montmartre, Agustín Banús vivía con su mujer, una costurera con quien se había casado por amor doce años atrás.

La habitación consistía en una cocina muy pequeña y un solo cuarto dormitorio no muy grande.

Por las rendijas de la ventana y de la puerta se colaba, silbando, un aire glacial. No había sombra de fuego en la chimenea. Un termómetro hubiera marcado allí varios grados bajo cero.

A la luz de una vela, Agustín, con su traje de Arlequín sobre las rodillas y una aguja en la mano, echaba un remiendo á las calzas con que iba á trabajar en la Opera.

En la cama, detrás de él y bajo una manta no muy gruesa, su mujer yacía inmóvil, pálida como la cera y sacudida á cada instante por una especie de hipo doloroso.

Postrada desde hacía tres meses y consumida por la tisis, la pobre mujer esperaba la muerte como supremo consuelo.

Y él, Agustín, sin trabajo desde hacía más de dos meses, sin haber comido nada en todo el día, sin combustible para calentar la habitación, sin medicina para calmar los sufrimientos de su amada esposa, le hablaba con dulzura, enumerando lo que contaba comprar para aliviarla con los veinticinco francos que iba á ganar aquella noche.

Pero á pesar de sus palabras y de la tensión de toda su voluntad por ocultar á la enferma el fondo de su pensamiento, de vez en cuando los ojos del pobre hombre se llenaban de lágrimas al dirigir una furtiva mirada hacia aquel lecho de dolor.

Porque no había que hacerse ilusiones; la pobre enferma se moría.

Un estertor siniestro marcaba su penosa respiración.

Y Agustín, ahogando sus gritos de rabia, devorando los sollozos que le contraían los labios, seguía zurciendo su traje de Arlequín.

Y en el tono quejumbroso de una madre que procura adormecer á su hija en la cuna, repetía con tierna timidez:

— ¡Ya verás, Anita!.. Volveré temprano..., y mañana..., á primera hora, bajaré á la farmacia en busca de una poción calmante...

* *

Aquella noche, el pobre *Arlequín* estuvo más brillante, más loco, más ágil y más divertido que nunca.

Se hacía corro en torno de él, aplaudiéndole con entusiasmo.

Y bajo su mascarilla rodaban gruesas lágrimas, que el público tomaba por gotas de sudor.

Al entregarle sus veinticinco francos, el jefe de comparsas le felicitó por su comunicativo buen humor y por el *brío* de su trabajo...

¡Su buen humor!.. Sangrienta ironía.

El pobre Banús había bailado con la desesperación en el alma, con el pensamiento ausente, con el corazón traspasado de dolor, oyendo siempre, en medio de los sonos de la orquesta, el estertor siniestro de su esposa.

Cuando volvió á su casa, á los primeros albos

del día, y se acercó al lecho de su mujer, encontré con un cadáver.

Puso sus veinticinco francos sobre la chimenea, y en su traje de Arlequín arrodillóse al pie de la cama, orando largo rato entre sollozos.

Encargó un entierro de última clase, y compró por valor de veinticinco francos flores que puso sobre el féretro.

Al regresar del campo santo, juró no volver á bailar en su vida y quemó su traje de Arlequín.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Triadó.)

LA CAZA DE LA PANTERA

Era tan aficionado á referir historias y á contar cuentos, que no había posibilidad de hacerle tener quieta la lengua; y de dar por cierto cuanto nos había contado, la vida de Arturo era verdadero tejido de disparatadas aventuras. Referíanos viajes accidentados, peripecias de caza, excursiones peligrosas y páginas de ardiente amor — en las que había sido, naturalmente, el héroe principal — con tal entusiasmo y con acento tal de verdad, que no podíamos dejar de creerle.

Exageraba bastante, eso sí; mas como nos resultaba entretenido oírle, sus exageraciones pasaban sin protesta y las achacábamos á su maldito carácter meridional. El, por su parte, contestaba hábilmente siempre que le hacían alguna advertencia, y era tan vivo de imaginación y tan fácil de lengua, que hubiera sido capaz de probar que Nerón fué el más bueno de los hombres.

Un día Arturo llegó triste, cosa rara en él, y al pedirle nosotros que nos refiriera algo, habló con un tonillo particular de amargura, más cómica que real.

No, no tenía nada que contarnos; le habíamos agotado de mala manera haciéndole amontonar historia sobre historia y, francamente, no se le ocurría nada nuevo: á fuerza de referir los hechos de su vida nos los debíamos saber ya de memoria... ¡Claro! Como que nosotros éramos siempre á escuchar y él á hablar... ¡Vaya!, que había llegado el momento de hacer punto... Así es que por aquella noche nos cedía la palabra.

Uno de los concurrentes, que sabía bien dónde le apretaba el zapato á nuestro amigo, dijo que lo sentía mucho, y que aunque no le había dado Dios gracia para el caso, iba á contarnos algunos detalles interesantes de su vida.

Estas palabras le hicieron á Arturo el efecto de una picadura. ¡Oh! ¡Él no podía resistir aquel martirio! Tener la boca cerrada y hacer el papel de oyente era empresa superior á sus fuerzas; así es que cuando el otro se preparaba, como si estuviera resuelto á empeñar, Arturo preguntó:

— A propósito, ¿os he referido alguna vez lo que me ocurrió con la pantera?

La pregunta fué recibida con una sonrisa, y todos contestamos que no, disponiéndonos á escuchar con religioso silencio cuanto se le ocurriera decir.

«El caso, señores, sucedió en nuestro país — todos éramos andaluces — y en el mismo corazón de Sierra Morena. Tenía yo diez y seis años y ya consideraba la caza como verdadero placer de dioses. No había mes sin excursión y las excursiones duraban más de quince días. La que ocupa ahora nuestra atención la hicimos acompañados de algunas señoritas, entre las que se encontraba la marquesita de C***, joven de mi edad de la cual estaba ciegame-

te enamorado. Ella, por su parte, no echaba en saco roto mi pasión, y puedo asegurar que me amaba con delirio. Gustaba un poco de mis historias y cuentos, que oía con la diminuta boca abierta.

»Morena de mejillas rosadas, ojos grandes de mirar de fuego, cabellos negros como el ébano, largos y rizosos, era imposible verla sin sentir vehementes deseos de ser amado. Tenía gran dominio sobre sí, y hacía lo posible por martirizar, tirana, al que caía rendido á sus pies. El único defecto en ella era el de tener el cerebro lleno de novelones, con lo cual su gusto resultaba algo dudoso. Con seguridad que hubiera dado cualquier cosa por verme luchar contra centenares de hombres, en defensa suya, ó por verse en un gran peligro para que yo la salvase milagrosamente... ¡Oh! ¡Entonces su amor habría llegado á lo inconcebible! Claro está que yo habría dado mi sangre para regar sus flores, porque á pesar de todo me sentía atraído hacia ella por fuerza irresistible. Pero volvamos á la cacería, de la cual tengo recuerdos que jamás olvidaré.

»Llegamos por la noche al caserío, y un zagalón nos enteró minuciosamente de cuanto por allí ocurría. Según él íbamos en mala hora para cazar, y en buena para librarles de la acongojante zozobra en que vivían.

»Le rogamos que se explicase, y el muchachote puso en nuestro conocimiento que la caza mayor había huído de aquellos lugares, gracias á las hazañas de una inmensa y sanguinaria pantera que se había enseñoreado de aquellos lugares. Los pastores estaban atemorizados y abandonaban sus rebaños, donde el feroz animal hacía destrozos indecibles; los perros huían aullando lastimera y cobardemente, y nadie se atrevía á dar paso por aquellos andurriales donde tanto habían disfrutado en otro tiempo.

»La pantera — él mismo la había visto — era grande y amenazaba acabar con todos, que, faltos de armas buenas, ni se atrevían á darle caza ni á dar paso por el monte. El zagalón afirmaba además que Periquito el Mellao había sido víctima del feroz carnívoro por querer matarle. El infeliz le disparó un tiro sin hacer blanco, y la fiera, arrojándose sobre él, le había hecho añicos...

»La relación del zagalón fué escuchada en silencio por todos. El escribano del pueblo, que era de los excursionistas, juró lleno de terror que no volvería á cazar si, Dios mediante, salía con bien de aquel peligro. Los demás nos limitamos á mirarnos sobrecogidos sin atrevernos á despegar los labios. Sólo la marquesita sonrió, y frotándose las manos alegremente, mientras sus ojos brillaban de júbilo, dijo:

— ¡Ay! ¡Qué gusto! En mi vida podré estar más satisfecha.

»Todos la miramos con admiración y sorpresa, permaneciendo mudos; todos pensábamos tal vez en las horribles escenas á que podía dar lugar la presencia del animal salvaje. Las señoritas, perdida la serenidad, se olvidaron de la coquetería, abandonándose á miedosos sobresaltos.

»La marquesa me invitó á dar una vuelta alrededor de la casa mientras preparaban la cena, que nadie había de comer con gusto. Los respetables señores que nos acompañaban consideraron gran locura aquel paseo y quisieron oponerse á él; pero la joven, tras de llamarles cobardes y mirarles desdeñosamente, dirigiéndose á mí dijo con imperio:

— ¡Vamos!

»Cogí mi sombrero y me apresuré á ofrecer el brazo á la joven, y ambos salimos resueltamente de la casa, causando la admiración de nuestros compañeros, alguno de los cuales creyó que no nos volvería á ver.

»Fuera, la naturaleza presentábase en su mayor esplendor; la luna parecía complacerse en iluminar los mil y mil deliciosos misterios de la noche. Elevábase de la tierra un himno pacífico y sonoro. Os juro que aquella noche me pareció una estrofa sublime y brillante de ese gran poema que llamamos naturaleza.

»Paseamos largo rato hablando de nuestros amores y de esas mil cosas, nimias y grandes á la vez, de que el amor viene acompañado, y ya me olvidaba de la historia que nos había referido el zagalón, cuando la marquesita, apoyando su linda cabeza en mi hombro derecho, con un abandono delicioso, me dijo con su armoniosa vozecita:

— ¡Qué hermoso y qué poético sería para mí poseer la piel de esa pantera! El mejor regalo que pudieras hacerme en la vida sería el de ese sencillo

animal, que yo contemplaría orgullosa muerta á mis pies.

»Os confieso ingenuamente que me faltó poco para dar un brinco, porque, dicho sea con franqueza, también temía yo verme despedazado por el sencillo animal. Pero mi amor delirante á la marquesa, y más que todo, el temor de ponerme en ridículo manifestando indigna cobardía en presencia de la dama de mis pensamientos, me contuvo, y haciendo alarde de una decisión que realmente no tenía, me apresu-



El furioso carnívoro quedó como colgado en la roca

ré á decir que el deseo de mi amiga era muy justo. Prometí que á la mañana siguiente tendría la pantera á sus pies, si tenía la suerte de encontrarla y de no morir de un zarpazo.

»Y viendo que me miraba con arrobamiento, agregué:

— «Sólo quisiera que antes de marchar me permitieses sellar con mis labios tu preciosa boca.

»La marquesita se alejó un poco de mí, jurándose que á la vuelta me daría cien besos si cumplía lo ofrecido. Así el deseo de poner mis labios sobre los suyos multiplicaría mis alientos y aumentaría mi valor.

»Cuando todos se hubieron acostado y se arrebujaban miedosos en sus mantas, creyendo sin duda que la pantera penetraría hasta en las habitaciones ansiosa de carne, me dispuse á salir encomendándome de todas veras á los santos, creyendo la última de mi vida aquella plácida noche de primavera. En la puerta encontré con uno de mis compañeros, mayor que yo, preparado también á marchar. Se figuraba lo que me vería obligado á hacer y quería acompañarme.

»Me faltó poco para darle un entrañable abrazo: entre los dos la arriesgada empresa era más fácil y podía llegar á feliz término. Emprendimos la caminata, tardando poco en internarnos en lo más intrincado de la sierra. Las rocas, cortadas caprichosamente, nos servían á veces de refugio y de entorpecimiento á veces. El peligro de andar por allí era real, pues nos veíamos siempre próximos á resbalar y á hundirnos en algún insondable precipicio. Afortunadamente la luna protegía con suaves claridades nuestro paso.

»Cuando más descuidados íbamos, sonó un feroz rugido cerca de nosotros y sentí como si se helase mi sangre: el cuento del zagalón era verdad; el terrible carnívoro estaba allí y tal vez se disponía á atacarnos. Nos separamos el uno del otro sin perdersenos de vista, para poder protegernos y no caer los dos al mismo golpe.

»No sé cómo, pero yo, ligero como el rayo, subí sobre un saliente de la roca en el cual había una es-

pecie de covacha. Mi compañero se quedó á unos metros más abajo. A mis pies había un barranco de gran profundidad, y al otro lado y frente á mí, á unos siete metros, divisé á la pantera — cuyos ojos parecían despedir chispas — agazapada, como dispuesta á salvar el barranco de un salto y arrojarse sobre mí.

Tal miedo me entró, que hasta me olvidé de hacer uso de mi preciosa escopeta de dos cañones. No así mi compañero, que disparó sin hacer blanco. Entonces la fiera se lanzó hacia mí con ímpetu salvaje. Cerré los ojos creyendo que no volvería á abrirlos de nuevo y me agazapé en la covacha, quedando como incrustado en ella. Por fortuna el furioso carnívoro, no midiendo bien la distancia, quedó como colgado en la roca. No obstante, las patas delanteras podían alcanzarme y seguí temiendo ser destrozado entre sus garras. El animal no podía agarrarse sino torpemente á la roca, y aunque subía hacia mí, lo hacía con gran dificultad. Entonces yo, temblando, casi muerto de susto, disparé los dos tiros de mi escopeta sobre la cabeza horrible de la pantera, y poco después creí escuchar el ruido sordo producido por un cuerpo al caer en el fondo del barranco.

»No sin grandes dificultades descendí de aquel lugar, donde aún no puedo explicarme cómo subí, y junto con mi compañero nos dirigimos contentos al caserío, ansiosos de dar á conocer la feliz nueva.

»Aquel día fué el más dichoso de mi vida: celebramos el suceso con gran algazara, y por la noche la marquesita, paseando conmigo á la pálida luz de la luna, cumplió puntualmente su promesa.»

Arturo guardó silencio, satisfecho de su historia, y á uno de los concurrentes se le ocurrió decir:

— Todo eso sería admirable si en Sierra Morena hubiera habido panteras alguna vez.

Y el narrador, sin inmutarse en lo más mínimo, se apresuró á contestar:

— Es que se me olvidó advertir que todo lo que he contado lo soñé anoche.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. — TIPOS POPULARES

Pocos países de la América latina reciben tan encauzada la emigración europea como la República Argentina. Es un río humano que viene caudaloso á fecundizar la tierra despoblada, las llanuras feraces, la inacabable Pampa y el misterioso Chaco; y cuando no, á engrosar, á hinchar, á dilatar la populosa ciudad de Buenos Aires, que por sí sola constituye casi el quinto del total de habitantes de la República Argentina.

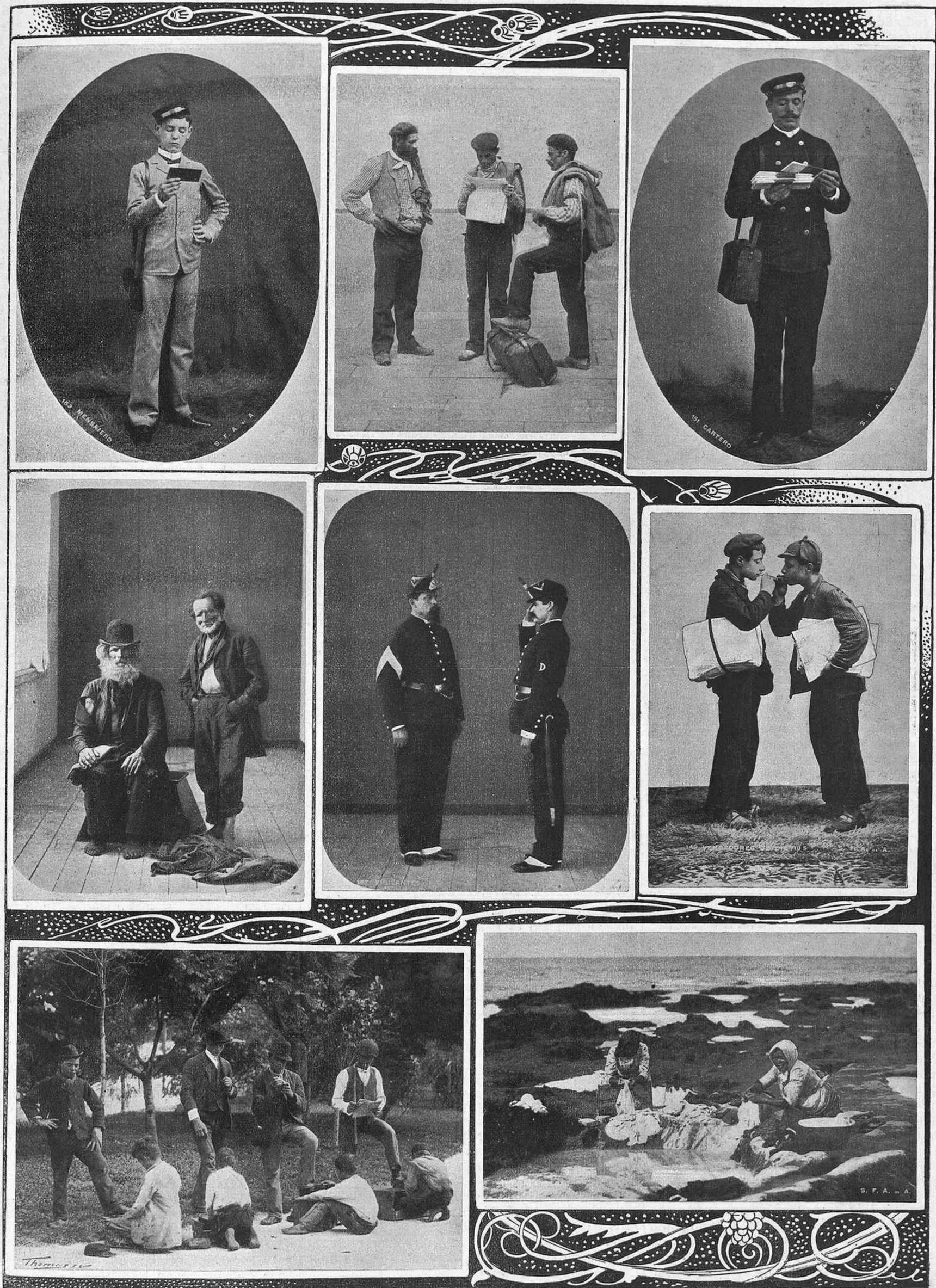
En un país como el argentino, que recibe en su seno á todos los elementos étnicos desprendidos de su punto de origen, necesariamente los tipos populares han de ser variadísimos y pintorescos, aumentando su peculiar belleza al acriollarse, adaptándose á los usos y costumbres excesivamente sugestivos de la tierra adoptiva.

Con tan variadas semillas no es de extrañar que junto á un grupo de *changadores* ó *mozos* de cordel, que por sus aficiones á comentar la política leyendo los telegramas que en extensas columnas publican los grandes diarios porteños, por su gusto en instruirse y por su acento nos recuerdan las provincias del Noroeste de España, haya otro doble grupo de las provincias del Suroeste de la península italiana, unos haciéndose lustrar sus gruesos zapatones, y los pequeños napolitanos *lustrantes* picoteándose entre sí en habla pintoresca, en un dialecto especial italo-criollo.

Buenos Aires está lleno de salones de lustrar con servicio numeroso y esmerado; pero los pequeños lustradores, con su rústica caja, su betún y par de cepillos gastados, se encuentran por todas partes, en avenidas, paseos, jardines, estaciones, hipódromos, etcétera, en bandadas, como los pájaros, corriendo todos al olor de un *marcante*, ó tomando el sol en animada charla, ó jugando á la rayuela á gritos y grandes carcajadas.

¡Pobres pájaros caídos del nido, sin calor de afecciones, llevados por el vendaval de la miseria y pianto alegremente en el arroyo sin prever el peligro ni pensar en mañana!

Hay algunos tipos que tienden á desaparecer. Los grandes lavaderos municipales han desterrado de las orillas del río á las viejas, á las legendarias lavande-



UN MENSAJERO. - CHANGADORES. - CARTERO. - ATORRANTES. - VIGILANTES. - VENDEDORES DE PERIÓDICOS. - COMPADRITOS Y LUSTRABOTAS. - LAVANDERAS
(de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitidas por D. Justo Solsona)

ras, que por todo caudal de agua tenían el de los huecos entre las toscas que se renovaba á cada marea.

Han desaparecido ya aquellos espectáculos contemplados desde la muralla, viendo á centenares de mujeres rodeando los charcos á pleno sol, rodilla en tierra, cantando, gritando, disputando ó algo peor, que de todo había, y grandes extensiones de ropa blanca tendida á solearse sobre las puntas de las toscas. Para ver hoy algo semejante, es preciso remontarse hasta las alturas de Belgrano.

En cambio de la desaparición del tipo descrito, tenemos aquellos con los cuales estamos constantemente en contacto y que seguramente no desaparecerán. Nos referimos á la policía, carteros y mensajeros de la capital.

La policía está perfectamente organizada, pero militarizada del todo. Años atrás había dejado mucho que desear, pero actualmente es uno de los cuerpos que honran á la ciudad de Buenos Aires, no sólo por su cultura y moderación, sino que también por su marcialidad y corrección en cuantas operaciones tenga que tomar parte.

El Dr. Beazley, actual jefe de policía, en los pocos años que lleva al frente de ella ha hecho un verdadero milagro, transformando una institución que había sido aborrecible en estimada y respetada por todos, buenos y malos. La policía secreta ó de *pesquisas* no está militarizada. En una y otra sección hay individuos de todos los países, pero sobresalen los naturales, distinguiéndose los de tierra adentro ó provincianos.

Si elogios merece hoy la policía, correos mucho más. Esta repartición nacional está á la altura de la mejor de las naciones europeas. Al rápido y buen servicio postal, únase un personal numerosísimo para el reparto y una sección de coches para recoger á cada hora toda la correspondencia depositada en el sinnúmero de buzones repartidos por el municipio con profusión tal, que á cada dos ó tres manzanas hay uno; amén de contratos con los vapores de la carrera á Montevideo, para recibir con adelanto de un día ó de horas la correspondencia llegada de Ultramar.

En cuanto á los *mensajeros* son muchachos de ocho á quince años, empleados de compañías particulares, uniformados, que se ocupan en pequeños mandados, como cartas urgentes, recados, reparto de esquelas, avisos, etc., servicio que hacen con rapidez y baratura.

Al ocuparnos del espléndido palacio propiedad de *La Prensa*, hablamos del local destinado á los muchachos vendedores de diarios, bautizado con el pomposo nombre de Bolsa y en donde se cotiza el papel impreso destinado á la venta de la mañana.

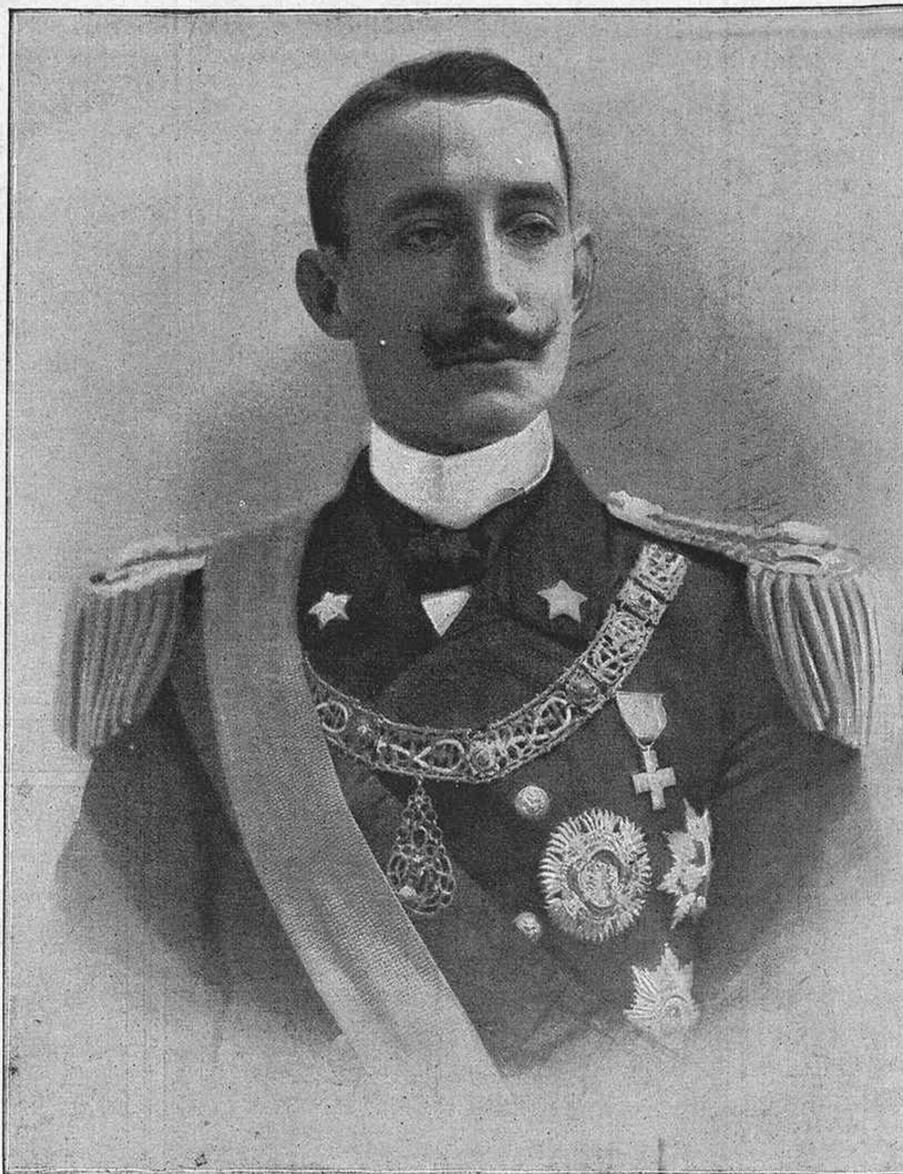
Buenos Aires cuenta algunos centenares de estos muchachos vendedores callejeros que pregonan los diarios á grito pelado, cuyos tipos, alegría y bullicio llevan la animación á los barrios más apartados de la capital federal.

Unidos son una fuerza popular nada despreciable, y se han dado casos de organizarse en correcta manifestación é ir á saludar ó á hacer sus peticiones á los prohombres argentinos, dirigiéndoles sus correspondientes discursos. Porque muchos saben leer; pero los más carecen de lo primero y de hogar, yendo á dormir en los Refugios Nocturnos municipales, donde por pocos centavos les dan pan con una buena taza de leche caliente y cama relativamente limpia.

No hay ciudad populosa que en su seno no guarde la infecta llaga del pauperismo, producto de la desgracia, de la miseria y de los vicios más desordenados. La ciudad de Buenos Aires, como todas, no podía sustraerse á rendirle su tributo, pero en grado tan ínfimo, que casi puede considerarse curada de semejante mal, gracias á las numerosísimas sociedades de beneficencia, á sus asilos y á la feliz cooperación del gobierno nacional y municipalidad, que destinan á este objeto grandes sumas. Pero á pesar de todo, hay una como raza especial, paupérrima, que una frase porteña por descriptiva la pinta de cuerpo entero: los *atorrantes*. Los desgraciados que merecen tan humillante calificativo son inofensivos. No piden limosna, pero viven de lo que hallan en los cajones de basura, de desperdicios, vendiendo lo vendible y

habitando en los bajos de Palermo ó en los grandes caños, ó en *ranchos* hechos de estera, trapos y latas, ó donde les deja la policía.

El estudio de la personalidad de estos individuos es por demás curioso; habiendo algunos descendientes de nobles familias y otros que han ocupado buenas posiciones, comerciantes quebrados, etc., pero todos sin hábitos ni alientos para la sujeción al tra-



PRÍNCIPE LUIS AMADEO, DUQUE DE LOS ABRUZZOS

bajo, orgullosos, despreciativos, saturados de alcohol y de filosofía diogenesiana.

Quedan ya muy escasos ejemplares porque la policía no les deja en su libre independencia; haciendo de vez en cuando recogida general, llevándolos á los asilos de mendigos. Pero el estar encerrados, limpios y vigilados les llena de desesperación, de tristeza y de aburrimiento total.

¡Pobres *atorrantes*! ¡Miserables despojos de la sociedad! Su muerte, que generalmente es la del alcoholizado, no es llorada por nadie, ni son por nadie reclamados sus despojos.

A la galantería de «La Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados» debemos una vez más poder publicar en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los bellísimos trabajos que tanto honran á á la distinguida asociación, á la que damos nuestros plácemes y gracias.

Buenos Aires.

JUSTO SOLSONA.

EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS

Hace pocos días congregábase en el amplio salón de actos del Colegio Romano un público tan numeroso como escogido, ávido de presenciar la ceremonia solemne que en él había de verificarse: la lectura por el duque de los Abruzzos de una conferencia sobre su expedición al Polo Norte á bordo de la *Stella Polare*, y la entrega al mismo y á su compañero, el capitán Cagni, de la medalla acuñada en su honor por la Sociedad Geográfica Italiana, organizadora de la fiesta.

Los reyes de Italia, los representantes de la nobleza, los altos dignatarios, las más ilustres personalidades del mundo científico, artístico y literario quisieron de este modo rendir un tributo de admiración al príncipe valeroso é ilustre que, abandonando las comodidades palaciegas y despreciando las dulzuras de la vida cortesana, se ha consagrado desde su infancia al estudio y á los trabajos científicos y ha querido

de este modo unir á sus títulos heredados otros más preciosos conquistados por su solo esfuerzo.

La conferencia que leyó el duque de los Abruzzos, cuya aparición en la tribuna fué saludada con entusiasmas salvas de aplausos, es un trabajo interesantísimo en el que, después de un breve resumen de los resultados de las exploraciones anteriores, se relatan con sencillez y sinceridad admirables todos los incidentes de la expedición organizada y dirigida por el animoso príncipe, haciendo el lector ilustre resaltar de tal manera los merecimientos de los demás, que su propia personalidad, con ser tantos sus méritos, queda poco menos que relegada á segundo término; rasgo de modestia que hace todavía más simpática la figura del animoso y sabio explorador.

No disponemos de espacio suficiente para narrar detenidamente los sucesos de aquella expedición, por lo que nos limitaremos á decir que el 11 de julio de 1899 salió la *Stella Polare* del puerto de Arcángel, y después de penalidades sin cuento, el 24 de abril de 1900 los expedicionarios, al mando del capitán Cagni, clavaban la bandera italiana á los 86° 33' de latitud, habiendo, por consiguiente, llegado 20' más allá que Nansen.

Este solo dato basta para demostrar la importancia de esta expedición, que constituye la página más gloriosa de cuantas hasta ahora se han escrito en los anales de la conquista del Polo.

Orgullosa puede estar Italia del príncipe que tal hazaña ha realizado y que tan gran servicio ha prestado á la ciencia. También podemos estarlo los españoles, ya que el duque de los Abruzzos ha sido un tiempo infante de España y en España vió la luz primera durante el reinado de su padre, Amadeo I. El príncipe Luis Amadeo, duque de los Abruzzos, nació en Madrid en 29 de enero de 1873. — S.

EL ENTIERRO

DE LA REINA VICTORIA

Pocas ceremonias se habrán verificado en nuestros tiempos tan grandiosas y solemnes como la del entierro

de la reina Victoria de Inglaterra: la fastuosidad de aquella corte por un lado, y por otro la adoración que el pueblo inglés sentía por su soberana, han hecho que la manifestación haya sido imponente y haya revestido tales caracteres, que de fijo figurará entre los acontecimientos de más perdurable memoria en aquella nación.

En la tarde del día 1.º de febrero, el cadáver de la reina fué sacado de la capilla ardiente de Osborne y conducido en hombros por escoceses de la real servidumbre hasta el embarcadero de Cowes, en donde se le embarcó en el yate *Alberta*. A las tres y cuarto zarpó este buque, escoltado por ocho torpederos pintados de negro y seguido por los yates reales en que iban los soberanos y los príncipes, siendo saludado con salvas por todos los barcos de guerra que formaban la línea hasta Portsmouth y por los acordes de las bandas, que tocaban marchas fúnebres de Chopin y de Beethoven, mientras las tripulaciones presentaban armas.

A la mañana siguiente, el féretro, que había permanecido toda la noche á bordo del yate, fué trasladado á tierra por los marinos y colocado en el vagón fúnebre; el tren se puso en marcha á las nueve, y dos horas después llegó á la estación Victoria de Londres, en donde se organizó el séquito para trasladarse á la estación de Paddington.

Desde las primeras horas de la mañana se había congregado en todo el trayecto una muchedumbre inmensa, imposible de calcular, que apenas bastaban á contener los 33.000 soldados que cubrían la carrera.

La comitiva fúnebre se puso en movimiento á las once y media: abrían la marcha algunas secciones militares, los agregados militares de las embajadas extranjeras, lord Roberts con su estado mayor y algunas músicas. Seguía el féretro colocado en una cureña y detrás de él el estandarte real, y el rey Eduardo VII, el emperador Guillermo II, vistiendo uniforme de mariscal inglés, y el duque de Connaught, los tres á caballo. Después iban, también á caballo, los reyes de Grecia y de Portugal y los prin-

cipes por orden de derecho, figurando entre ellos el príncipe Enrique de Prusia, el príncipe heredero de Alemania y el duque de Aosta.

Marchaban á continuación seis carruajes de la corte con la reina y las princesas, el rey de Bélgica, el duque de Cambridge y el mariscal Wolseley.

La numerosa multitud que se agolpaba en todo el trayecto presenciaba con silencioso recogimiento el entierro y se descubría hondamente conmovida al paso del cadáver.

A la una y quince llegó el cortejo á la estación de Paddington, y poco después partía el tren para Windsor, adonde llegaba una hora más tarde, formándose allí el séquito de igual manera que se había formado en Londres y



TUMBA DE FROGMORE EN DONDE HA SIDO ENTERRADA LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA

dirigiéndose la comitiva á la capilla del palacio: allí se rezaron por el obispo de Vínchester y el arzobispo de Cantorbery las preces y los responsos, terminados los cuales los individuos de las familias reales y el acompañamiento regresaron á Londres, quedando depositado el cadáver en dicha capilla.

Al día siguiente celebróse un servicio divino en presencia del rey, de la reina, de la princesa Victoria, de la duquesa de York, del emperador de Alemania, del príncipe heredero de Prusia, de los duques de Connaught y de gran número de príncipes y princesas y del personal de la casa de la reina Victoria, habiendo leído los versículos de la Biblia el deán de Windsor y el canónigo marqués de Normanby y pronunciado



ENTIERRO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. - PASO DE LA FÚNEBRE COMITIVA POR EL HYDE PARK DE LONDRES



ENTIERRO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. - SERVICIO RELIGIOSO EN LA CAPILLA DE SAN JORGE DE WÍNSOR



NOTAS ALEGRES, cuadro de J. Wodzinski



DE LA TUNA, cuadro de G. Linden

el obispo de Windsor un sermón, en el que hizo el elogio del reinado de la difunta soberana.

La conducción del cadáver desde la capilla al mausoleo de Frogmore se verificó á las tres de la tarde del día 4 con las mismas solemnidades y con asistencia de las mismas personas reales, príncipes y altos dignatarios que habían figurado en los actos de los días anteriores; una hora después, los restos de la reina Victoria descansaban junto á los de su amado esposo el príncipe Alberto.

El interior del mausoleo está decorado con profusión de mármoles de colores, mosaicos, esculturas, ventanales, piedras preciosas y dorados, formando una de las obras más acabadas de su género; y sobre el pórtico de la capilla se lee la inscripción siguiente:

«En esta tumba, la reina Victoria, su aflijida viuda, ha querido que fuese depositado todo lo que era mortal en el príncipe Alberto, 1862. ¡Adiós, amado mío! Aquí reposaré contigo y de aquí saldré contigo para volver cerca de Jesucristo.» - X.

NUESTROS GRABADOS

D. Ramón de Campoamor. - El inspirado poeta que acaba de fallecer en Madrid, nació en Navia (Asturias) en 24 de septiembre de 1817, estudió latinidad en el Puerto de la Vega y Filosofía en Santiago, continuando al poco tiempo sus estudios de Humanidades en Madrid é ingresando más tarde como alumno de Medicina en el Colegio de San Carlos. A consecuencia de una censura injusta que sufrió en un examen, abandonó esa carrera y se consagró á la poesía, á cuyo cultivo había dedicado ya alguno de sus ocios estudiantiles.

Dirigido por Espronceda y conociendo la imprescindible necesidad de buenos estudios preliminares, concurrió á la Biblioteca Nacional, en donde durante mucho tiempo y por espacio de cinco horas diarias estudió las obras de nuestros clásicos y muchas otras que creía necesario consultar para hacer mayor el caudal de sus conocimientos. En 1840 publicó su primer tomo de poesías, que fué muy elogiado por los críticos, y dos años después otro libro de fábulas y la colección *Ayes del alma*, que fueron muy bien recibidos por el público.

Como casi todos los poetas y literatos de su tiempo, Campoamor tomó parte activa en la política y en el periodismo, llamando desde luego en este terreno la atención la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*, que escribió cuando después del regreso de la regente D.^a Cristina, las Cortes reformaron la Constitución de 1837. Por aquel entonces comenzaron á publicarse en varios periódicos las primeras *Doloras*, género de composición que tanta fama ha dado al insigne vate.

Imposible es desde este momento encerrar dentro del breve espacio que esta sección consiente la biografía del político y del poeta, por lo que habremos de trazar á grandes rasgos los principales hechos de su vida pública y literaria, refiriéndonos para los que quieran formarse más completo juicio de lo que fué Campoamor á la semblanza que publicamos en el número 829 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En 1846 fué nombrado auxiliar del Consejo Real, más tarde fué jefe político de Castellón y sucesivamente gobernador de Alicante y Valencia, oficial primero de la secretaría del ministerio de Hacienda, director general de Beneficencia y Sanidad y Consejero de Estado, diputado y senador. En 1851 dió á la prensa su poema en diez y seis cantos *Colón*, publicando más tarde el *Drama Universal*, poema en ocho jornadas, y una hermosa colección de *Cantares amorosos*, epigramáticos y filosófico-morales. Entre otras obras poéticas suyas, citaremos las colecciones de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas* y las composiciones dramáticas *El honor. Guerra á la guerra. El palacio de la verdad. Dies ira. Glorias humanas y Cuerdos y locos*. De sus obras en prosa merecen mencionarse especialmente la *Filosofía de las leyes. Las polémicas con la democracia. El personalismo. Lo absoluto. El idealismo. Cánovas y La poesía*.

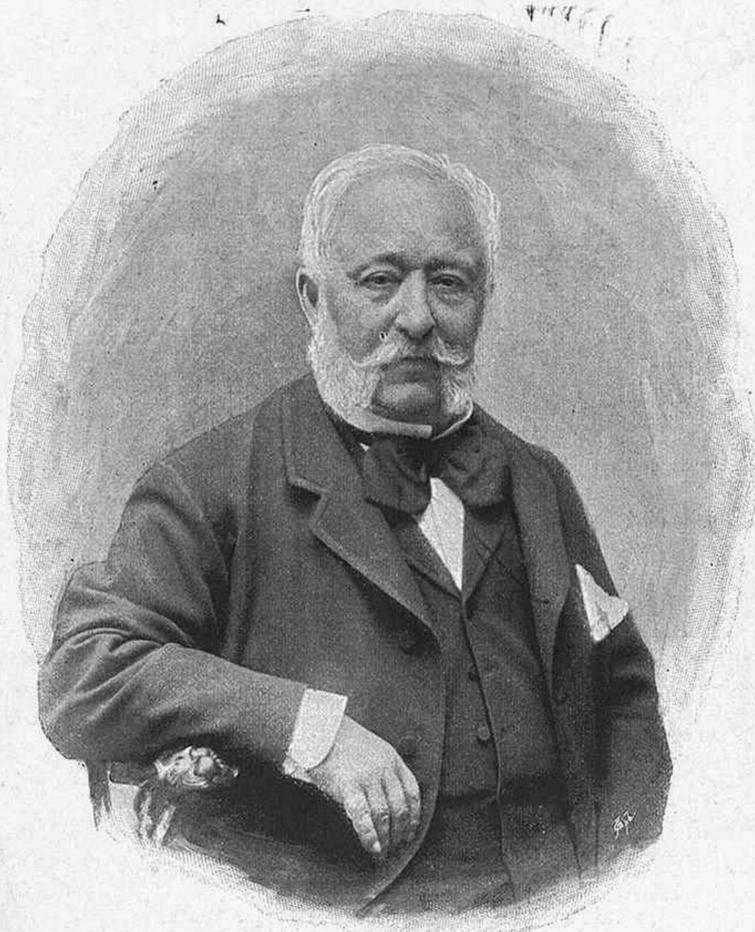
En 3 de octubre de 1861 fué elegido individuo de número de la Academia Española y en 9 de marzo del año siguiente leyó su discurso, trabajo notabilísimo en que desarrolló la tesis de que *La Metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*. A la muerte de González Bravo, aquella corporación le encargó la necrología de este famoso hombre político, y reunidos los académicos para escuchar la lectura del discurso, levantóse Campoamor, sorprendiendo á todos con una poesía en magníficos tercetos que retrata admirablemente al último ministro de D.^a Isabel II.

Las obras de Campoamor han merecido los más entusiásticos elogios de los principales críticos españoles y extranjeros. «Campoamor - dice D. Leopoldo Alas (*Clarín*) - es un gran poeta, nuestro mejor poeta.» «Campoamor - decía Revilla - ha verificado una profunda revolución en nuestra literatura y ha logrado ser digno de figurar en el número de esos atrevidos innovadores que son punto de partida de una época literaria.» «Si se nos obligara á nombrar las dos personas que más elementos nuevos han introducido en la literatura española contemporánea - ha escrito Leo Quesnel en la *Revue bleue* de París, - responderíamos con los nombres de Tamayo y Campoamor.»

La muerte del más popular y original de nuestros poetas contemporáneos es una pérdida irreparable para las letras patrias. Campoamor ha hecho escuela en nuestra literatura; pero si muchos son los que han querido seguir sus pasos, ninguno hasta ahora ha logrado acercarse siquiera al genial maestro.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia al sentimiento nacional que el fallecimiento del ilustre vate ha producido, y al publicar el retrato de D. Ramón de Campoamor dedica su más sentido recuerdo á la memoria del inmortal autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*.

¡Viva el Carnavall, dibujo original de Grocholski. - La bonita alegoría del Carnaval dibujada por Grocholski responde por completo á lo que debe ser esta clase de composiciones. Para simbolizar la fiesta de Momo, no basta presentar mejor ó peor agrupadas algunas máscaras vestidas



El eminente poeta D. RAMÓN DE CAMPOAMOR, fallecido en Madrid en 12 del corriente

con disfraces más ó menos caprichosos, sino que es preciso que estas figuras por su expresión, por sus actitudes, indiquen claramente el carácter de alegría ruidosa propia de las Carnestolendas. El autor del dibujo que reproducimos ha sabido llenar todos estos requisitos sin incurrir en las exageraciones y en los efectismos en que es tan fácil caer tratándose de estos asuntos que ya por sí solos se salen tanto de lo natural. La composición de Grocholski ofrece además una hábil combinación de elementos decorativos tomados de la misma fiesta que simboliza, dispuestos con mucho arte y sin la menor confusión. En una palabra, el dibujo que nos ocupa da una idea tan acabada de lo que es el Carnaval que, aun sin saber fijamente lo que éste significa, bastaría ver aquella linda muchacha que descubre la cortina y aquellos grotescos pierrots que por la escalera se precipitan en pos de su compañera, para comprender que todos juntos se disponen á celebrar alguna fiesta en que la razón y el buen sentido brillarán por su ausencia y en que la locura ejercerá su absoluto imperio.

**

Notas alegres, cuadro de J. Wodzinski. - Mírese como se quiera este cuadro, sus excelencias se imponen cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se le examine. La cara de la guitarrista es un portento de expresión: sus ojos brillan con todo el fuego de la más ardiente mirada, y de sus labios ligeramente entreabiertos parece que se escapa uno de esos cantos populares andaluces, conjunto de notas alegres y apasionadas que suenan unas veces como carcajadas sonoras, otras como suaves sonrisas. Y tan digna de alabanza como la expresión del rostro es la naturalidad de la actitud de la figura, cuyos dedos pulsan suavemente las cuerdas del instrumento, arrancando de ellas dulcísimos acordes. En cuanto á la factura, la obra de Wodzinski puede presentarse como modelo de corrección y de entonación vigorosa; el pincel ha trazado sobre el lienzo con seguridad maravillosa rasgos firmes y perfectamente acusados, así de dibujo como de color, produciendo un efecto sorprendente el modo como aquella cara y aquel trozo de busto desnudo, intensamente iluminados, destacan sobre el fondo oscuro del cuadro, y cómo aquellas carnes salen, por decirlo así, de entre el negro ropaje que las envuelve.

**

De la tuna, cuadro de G. Linden. - Poco podían figurarse nuestros antiguos estudiantes que aquellas remendadas sotanas y raídos manteos con que corrían la tuna llevando la alarma á padres y maridos, siendo el terror de las amas de casa y muchas veces la desesperación de alcaldes, alguaciles y demás agentes de la justicia, habían de servir andando el tiempo de figurín de disfraz que realizara los naturales atractivos de lindas muchachas. El traje estudiantil es, en efecto, uno de los predilectos de nuestras modernas mascaritas, y no hay baile público ni particular en que no aparezca su nota obscura entre los brillantes colores de los demás trajes más ó menos históricos y más ó menos caprichosos. Y en verdad que es uno de los que más favorecen á la que lo viste, sobre todo si se trata de una rubia de blanca y sonrosada tez, cuyos cabellos dorados asomen por debajo del negro tricordio y cuyo rostro se destaque sobre la rizada golilla. El precioso busto pintado por Linden, esa elegante y graciosa figura que el artista ha sabido presentarnos adornada de cuantos atractivos pueda ambicionar el más exigente en materia de belleza femenina, es la mejor prueba de lo que decimos, y no habrá de seguro nadie que al contemplarlo no reconozca que la indumentaria con que el pintor lo ha ataviado es la que mejor puede ajustarse á su delicado tipo.

Coquetería, cuadro de Eusebio Sánchez y González. - La coquetería, que llevada al extremo es un defecto y hasta un vicio en la mujer, reducida dentro de justos límites no sólo no tiene nada de pecaminosa, sino que es una cualidad hasta cierto punto recomendable, cuando tiene por objeto agrandar con intención honrada. La protagonista del cuadro que reproducimos, en nuestro concepto entiende la coquetería en este último sentido, y al colocarse ante el espejo la flor con que quiere adornar sus cabellos, no se siente impulsada por simple vanidad, sino que al hacerlo tiene puesto su pensamiento en el único hombre que ha sabido conquistar su cariño. El autor de este cuadro que tan acertadamente ha dado forma á la idea en que la obra está inspirada, es muy joven y ha sido pensionado por el Ayuntamiento de Manila para completar sus estudios artísticos en el extranjero, siendo de esperar que las notables disposiciones hasta el presente demostradas no tardarán en alcanzar todo su desarrollo y que el nombre del Sr. Sánchez y González figurará dignamente en los anales de nuestro arte pictórico.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BARCELONA. - Se ha inaugurado en el Salón Parés la XVII de las exposiciones extraordinarias que anualmente celebra el propietario de aquel reputado establecimiento. La de este año, por la variedad de tendencias y procedimientos que en ella domina, puede considerarse como una representación casi completa del estado de nuestra pintura en los actuales momentos.

Entre los cuadros que en la exposición figuran los hay de pintores tan conocidos como Mas y Fontdevila, Ramón Casas, Baixeras, Graner, Llimona, Feliu de Lemus, Galvey, Masri ra (José, Francisco y Luis), Ribera, Tamburini, Vancells, Urgell (Modesto), Utrillo Antonio, Martí Ricardo, Pichot, Sardá, Soler de las Casas, Galofre, Llaverías, Cusi, Borrell (Pedro, Julio y Ramón), Alvarez Dumont, Ferrater, Durán y Durán, Fabrés, Buxareu, Cortés y Riera, Ciervo, Cabañes, Gimeno, Larraga, Matilla, Ubach (Visitación), Vives, Méndez, Pinós, Comes, Palma-da, Peyró, Sans Castaño, Soler (Juan), Torrent, Vidal Firmat, Vilallonga y otros.

- La Comisión de festejos para el presente Carnaval ha publicado un bonito cartel anunciador de los bailes infantil de trajes y *paré et travesti* que como todos los años se han celebrado en la tarde y noche del jueves lardero en el teatro de Novedades. La composición, muy bien entendida y muy apropiada al objeto á que está destinada, es obra de B. Brunet, y ha sido impresa en varios colores en la casa Henrich y C.^a

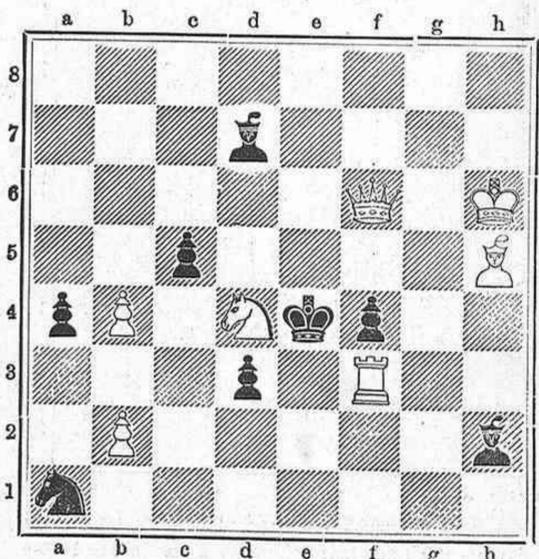
Necrología. - Han fallecido:

Edmundo Tarbé des Sablons, poeta francés.
Nicolás Gritsenko, pintor ruso, autor del cuadro colosal que representa la entrada del presidente Faure en el puerto de Kronstadt y que fué regalado á la ciudad de París por el emperador de Rusia.
Alejandro Alberto de la Rocha Serpa Pinto, famoso explorador portugués.
Sophus Cristian Federico Shandorph, notable novelista dinamarqués.

Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsen las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 229, POR K. TRAXLER
NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 228, POR J. BERGER

- Blancas. Negras.
- 1. D f3 - c6 1. Cualquiera.
- 2. D ó T mate.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO IX

MI PRIMERA COMIDA CHINA

Durante los primeros días de mi estancia en Cantón, trabé conocimiento con uno de los comerciantes

más ricos y más notables de aquella ciudad china, á quien un día fuí á hacer una visita en su domicilio, compuesto de varios patios y casas. Apenas hube regresado á mi hotel, encontré á un mandadero de larga trenza con una gran hoja de papel encarnado, en la cual había dibujados algunos jeroglíficos chinos que, traducidos por mi intérprete, decía: «El día 6 de mayo, una modesta fiesta esperará la luz de vuestro favor. Saludos de T. T.» Era, pues, una invitación á una comida, tal como yo la había deseado. La hora del convite no estaba indicada, pero mi intérprete me dijo que se me comunicaría más adelante; y en efecto, en la mañana del día de la cita se presentó otro criado con una nueva esquila en la cual se señalaba como hora de la comida la de las siete de la tarde.

Cuando media hora antes de la indicada me disponía á subir al palanquín, compareció un enviado de mi anfitrión para acompañarme á casa de

éste. Al llegar á la puerta de su domicilio, rodeado por una alta pared de ladrillos grises, salió á recibirme el citado comerciante en persona que, al verme, hizo una profunda reverencia, levantando al mismo tiempo las dos manos juntas hasta la frente. Iba vestido con una larga túnica de seda recia y sobre su trenzada cabeza llevaba el sombrero tártaro en forma de escudo con luengas borlas de seda encarnada. En un salón de recibo, adornado con preciosas esculturas de ébano, lamparillas y jarrones con flores artificiales, había ya algunos convidados chinos y un joven inglés que había llegado en el mismo buque que yo á Cantón. Los dos fuimos presentados á todos aquellos individuos, los cuales se apresuraron á dirigirnos la pregunta de rúbrica, á saber, cuál era nuestra respetable edad; todos se inclinaron delante de mí más profundamente que delante del inglés, porque yo contaba cuarenta años y éste era mucho más joven. Naturalmente también nosotros hubimos de preguntar por la respetable edad de los chinos. Mr. Clark, que así se llamaba el inglés, quedó sorprendido cuando nuestro huésped nos dijo que tenía sesenta años, y habiéndole preguntado éste la causa de su sorpresa, contestó que parecía mucho más joven y que nunca le habría echado tantos años. ¡Consternación en todos los semblantes! Aquel cumplido europeo resultaba allí todo lo contrario, y Mr. Clark hubiera hecho mejor diciendo al interesado que le habría tomado por un octogenario. Así como en los países europeos es costumbre, sobre todo en las señoras, quitarse algunos años, los chinos se muestran muy complacidos cuando se les da un par de años más de los que realmente tienen.

¡Las siete! Ya habíamos renunciado á la compañía de las damas, cuando de pronto, de la habitación inmediata salieron seis jóvenes elegantemente vestidas que andaban á saltitos; sus pies no eran más largos que mi dedo índice, lucían en sus alisadas y untadas cabelleras cordones de perlas y mariposas, y sus rostros estaban cubiertos de blancos afeites y sus labios pintados de rojo: eran unas figuritas encantadoras cuya presencia alegró los semblantes de todos nosotros. Detrás de ellas iban otras seis muchachas más jóvenes y más sencillamente vestidas, que permanecieron de pie junto á la puerta: eran las camareras de las señoras que las precedían y cada una llevaba en las manos una pipa y una mecha encendida.

La expresión damas ó dígame señoras no está aquí bien aplicada, porque las esposas de los chinos no toman nunca parte en las comidas á que asisten otros hombres, sean chinos, sean europeos; pero como los hijos del imperio del Centro son aficionados á los banquetes, llevan á ellos, en vez de sus mujeres, cantatrices públicas de toda clase que, según nuestro modo de ver las cosas, no merecen el nombre de señoras. Y no porque aquellas chinas se tomaran ninguna libertad en sus trajes ni en su conducta; nada de esto: sus largas túnicas de seda azul, cubiertas por entero de los más preciosos bordados, les llegaban desde el cuello hasta el tobillo, y ninguna de aquellas flores, ni aun las más depravadas, se permitirían ni con mucho en tales ocasiones las licencias en el vestir que se permiten nuestras damas de la alta sociedad. Las seis jóvenes que fueron nuestras compañeras de mesa se condujeron decente y modestamente, y cuando el anfitrión nos invitó á pasar al comedor echaron á andar juntas detrás de nosotros: en China se considera como una insensatez ó como una insolencia ofrecer el brazo á una señora para llevarla á la mesa.

El comedor era una pieza grande, alta de techo, con una de sus paredes exclusivamente formada por una serie de curiosas esculturas de ébano caladas y con amplias ventanas redondas, al través de las cuales podíamos ver los hermosos jardines y el estanque lleno de lotos de nuestro huésped. La mesa estaba algo arrimada á la pared de enfrente y dispuesta en zizás y los asientos colocados sólo en la parte de afuera y en las cabeceras, quedando libre el lado interior, lo cual obedece á que es costumbre que después de los banquetes suele haber danzas, juegos de manos, etc., y si los dos lados de la mesa estuviesen ocupados, no se podrían ver bien aquellos espectáculos. Pendían del techo grandes faroles de

Si un joven ha de instruirse en aritmética ó en algún arte ó profesión, después de haber concurrido durante algunos años á una de las escuelas que dejamos descritas, entra á aprender en casa de un comerciante, de un artífice ó de un industrial, sin más causal científico que saber leer y escribir, y aun esto en gradolimitado, mayor ó menor, según el número de años que ha asistido á la escuela. Las clases inferiores se contentan con enviar á sus hijos á la escuela dos ó tres años, y los jardineros, barqueros, culis, faquines, etc., ni siquiera esto hacen. Generalmente puede considerarse que el 30 por 100 de los chinos, por lo menos, saben escribir su nombre y pueden leer las inscripciones más sencillas, los rótulos de las tiendas, etc.; del 10 al 20 por 100, según las provincias, saben escribir cartas corrientes, y sólo quizás el 5 por 100 dominan en cierta manera el idioma y la literatura, y gozan, por ende, de la mayor consideración entre sus conciudadanos.

Según el «Libro de los usos,» al que desde hace muchos siglos ajustan los chinos, en lo posible, su conducta, debe el niño «aprender cuando tiene siete años los puntos cardinales de la ciencia y los números, pero no se le permitirá sentarse en la misma estera ni comer en la misma mesa que sus padres; á los ocho años se le enseñará á servir á sus superiores y á ceder la preferencia á los demás; á los diez es preciso enviarlo á la escuela de un profesor privado, en donde permanecerá día y noche para aprender aritmética y escritura, debiendo allí vestir sencillamente, guardar compostura, estar atento y hablar con oportunidad. A los trece se ocupará en la música y en la poesía; á los quince aprenderá á tirar con el arco y las artes militares. De este modo, al llegar á los veinte podrá entrar en la vida como hombre, aprender otras reglas de urbanidad y cumplir fielmente sus deberes de hijo y de hermano. A los treinta habrá de casarse y de tomar la dirección de los negocios; á los cuarenta puede entrar en el servicio del Estado; y si el soberano cumple sus deberes de gobierno, le servirá lealmente; si no, no. A los cincuenta puede ser elevado al rango de ministro, y á los sesenta deberá retirarse á la vida privada.»

Estos preceptos son excelentes para leídos; pero en la práctica no se siguen, naturalmente, con mucha exactitud. Ello no obstante, la existencia de los chinos, á pesar de su imperfecta educación escolar, alcanza un nivel superior á lo que generalmente se cree. Gracias á la severa y excelente educación doméstica y á su espíritu de observación, aprenden los niños en su casa casi tanto de cosas prácticas como de los antiguos clásicos en las escuelas, y el ejercicio á que en éstas se somete su mnemotecnia fortalece en alto grado su memoria. Existen en germen en la juventud china grandes aptitudes que sólo necesitan ser estimuladas, y así lo demuestran los sorprendentes éxitos y los rápidos progresos de aquellos que se educan en las escuelas de las misiones, en las escuelas que en los puertos abiertos dirigen profesores europeos y en las de las colonias del Asia oriental. En Shanghai, en Hong-Kong, en Batavia y sobre todo en Singapore he visitado escuelas de éstas, cuyos profesores se deshacían en alabanzas respecto del ansia de aprender y de la comprensión relativamente rápida de sus alumnos chinos. Donde mejor puede observarse esto es en el Instituto Raffle de Singapore, grandioso establecimiento docente dotado de todos los modernos adelantos, en cuyas aulas pasé varios días entre muchos centenares de estudiantes chinos. Los jóvenes chinos que se han educado en colegios europeos ó americanos han sido la admiración de sus profesores, y en los exámenes han dejado muy atrás á los mejores alumnos de la raza caucásica.



Niños chinos



En el fumadero

colores, colgados en cordones de seda; cubrían las paredes largas tiras de papel con inscripciones y sentencias, y alrededor de la habitación veíase una porción de mesitas de ébano con bellísimas sillas esculpidas á ambos lados: sobre una de aquellas mesitas había un gran brasero con un caldero para el vino; otra más grande era la mesa de servicio y estaba llena de copas, platos y tacitas.

Era delicioso ver las cortesías y ceremonias con que los convidados tomaron asiento. El dueño de la casa me había señalado el puesto de honor á su izquierda: la buena educación exige que los convidados esperen para sentarse á que lo haya hecho el

anfitrión, quien entonces invita á aquéllos á que ocupen sus sitios, después de lo cual aún se pasan algunos minutos haciéndose reverencias unos á otros. Sentóse á mi izquierda una de aquellas pequeñas damiselas, que se reía continuamente y no cesaba de cambiar con sus compañeras observaciones que seguramente se referían á nosotros los extranjeros. La mesa estaba completamente cubierta de manjares y flores; grandes fuentes con patos, jamones, legumbres y frutas, y sobre cada fuente multitud de flores. Los magníficos jarrones, los platos, las tacitas para te y para vino que cada convidado tenía delante eran de finísima porcelana. Con gran espanto vi que junto á mi platito no había cuchillo ni tenedor y sí únicamente los *chop sticks*. ¿Saben mis lectores lo que son *chop sticks*? Los chinos, como los japoneses, sólo comen con dos palitos de 20 centímetros de largo, parecidos á las agujas que las europeas se ponen en la cabeza; generalmente son de madera, pero en la comida que estoy describiendo eran de marfil con preciosas cabecitas de plata cincelada. Mas ¿qué me importaba á mí que el material fuera precioso si no sabía cómo se manejaba aquel instrumento? Los chinos lo cogen de manera que el dedo medio queda colocado entre los dos palitos, y lo manejan tan hábilmente que con él pueden coger hasta granos de arroz sueltos. Y así comían ya hace miles de años, al paso que nuestros antepasados del siglo XVII lo hacían con los dedos y sin platos. ¿Quién no recuerda la pragmática de la gran emperatriz María Teresa prohibiendo á los oficiales que en las comidas de corte comieran con los dedos y se enjugaran la nariz con la manga? ¡Y sin embargo, entonces censuraba yo para mis adentros á los chinos porque no tenían tenedores, pues sin ellos no sabía cómo arreglármelas para comer! ¿Tendría que recurrir á los dedos como Luis XIII de Francia? La contestación á esta pregunta tácita diómela el mismo anfitrión cuando, al comenzar la comida, cogió su pequeña taza de porcelana llena de vino de arroz *samchu*, es decir, «quemado tres veces», y manifestó que acudiendo á mis deseos había organizado aquel banquete para que yo probara la cocina china, que por esto había puesto los *chop sticks*, y que esperaba que yo los utilizaría á menudo en su casa. Después vació su tacita de vino y volviéndose á mí la puso boca abajo. Igual procedimiento siguieron los demás convidados para enseñarme que sus tazas estaban vacías y yo hube de hacer naturalmente otro tanto. El vino aquel sabía á sherry fuerte y tibio.

Por fortuna, junto á mi diminuto plato había una pequeña cuchara de porcelana y plata, de forma algo parecida á la de un cucharón. En vez de servilleta, cada convidado tenía algunas hojitas de papel prensado, como las que los japoneses han dado á conocer en Europa, pero más pequeñas, porque no hacen las veces de servilletas, sino que sirven para limpiar los palitos, que no se cambian en toda la comida. Los papeles sucios se tiran sencillamente debajo de la mesa. Cada convidado tenía además delante de sí una pequeña escudilla de plata para las especias y otra de bonita porcelana azul para la *soya*, una salsa de especias que no falta en casi ninguna comida.

Al principio tenía yo que los magníficos jamones y patos de apetitoso aspecto que adornaban la mesa serían los platos del banquete; y digo tenía porque careciendo de cuchillo no hubiera sabido cómo partirlos; pero luego vi que los criados ponían delante de cada convidado una pequeña escudilla de porcelana con los manjares que venían ya de la cocina partidos en diminutos pedacitos. Imposible me fué adivinar de qué eran aquellos pedazos, á causa de las espesas salsas de distintos colores en que nadaban. En vano procuré pescar algunos con mis palitos; mis esfuerzos resultaron inútiles, con gran regocijo de mi vecinita, hasta que el huésped se compadeció de mí, y tomando con sus propios palitos un pedacito de carne de su escudilla me lo metió en la boca. Y lo hizo, no para sacarme del apuro en que me veía, sino porque entre los chinos aquello es considerado como una muestra especial de consideración. La verdad es que la cosa no resultaba muy apetitosa; pero ya dice el refrán: «si á Roma fueres, haz lo que vieres». Aquel manjar tenía un sabor dulce, oleoso y tan repugnante que de buena gana hubiera devuelto aquel bocado de honor. Pero ¡cómo podía inferir tal agravio á la hospitalidad! No tuve, pues, más remedio que tragarlo. ¡Y si siquiera hubiese tenido á mano un vaso de agua!.. Con verdadera ansia eché los ojos á las hermosas naranjas, *leitichis*, y mangos, que formando pirámides adornaban la mesa, porque lo bueno era que estaba hambriento como un lobo; mas á pesar del hambre, no

podía pensar en tragar un segundo bocado como aquel con que el anfitrión me había obsequiado. Pensé que tal vez sería mejor el otro plato que nos sirvieron; pero era lo mismo que el anterior, peda-



Músicos chinos

ditos de carne en salsa tan cargada de ajo que con un bocadito que hábilmente pude pescar quedé más que satisfecho. Creí poder, en aquel segundo plato, zafarme del obsequio que me habían hecho en el anterior, entreteniéndome mucho rato con mis palitos en la pesca de las tajaditas; pero no me valió la estratagema, pues mi vecina, que observaba sonriente mis ensayos, se compadeció, á su vez, de mí, que maldito si quería ser compadecido, y tomando un pedacito de carne de su escudilla me lo introdujo en la boca. Y de esta suerte, en todos los platos siguientes me vi obsequiado en tal forma, unas veces por el anfitrión, que estaba á mi derecha, y otras por mi vecinita de la izquierda. A todo esto, los criados se iban llevando mi tacita de vino de arroz á medio vaciar y la sustituían en seguida por otra llena; llaméme la atención que no me dejaran nunca apurarla por completo, y entonces pude ver que en una de las mesitas laterales había dos vasijas de vino puestas en sendos braseros; á cada servicio, los criados retiraban las tazas medio vacías y echaban el resto del líquido en una de aquellas vasijas, llenando luego las tazas de nuevo en la otra, y cuando se hubo agotado el contenido de ésta, acudióse al vino de la que había servido de recipiente á las sobras de cada comensal, las cuales sobras allí confundidas se habían en el entretanto calentado.

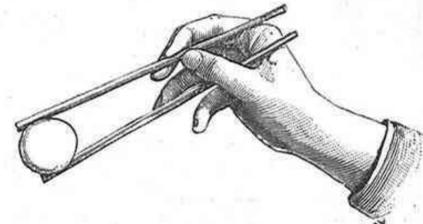
Dieron las nueve y seguían sirviéndose nuevos platos, cuyo número llegaría ya tal vez á doce ó catorce, sin que el banquete llevara trazas de terminar. La cosa se iba haciendo realmente pesada: mi vecino de la derecha continuaba introduciéndome bocados en la boca, haciéndome cada vez una cortés reverencia, y mi vecina de la izquierda no cesaba de reír y de darme de beber. Los demás convidados comenzaron á manifestar su satisfacción por las golosinas que les habían servido, valiéndose para ello de expresiones que no se encuentran en ninguna gramática china, pues consistían en vigorosos ruidos naturales que parecían salidos directamente del corazón; y no podía ser otra cosa de tantas cebollas, ajos, aceites, grasas, raíces, legumbres, hierbas, sopas, conservas, salsas, pedacitos de carne y de pescado y vino caliente. Mi odalisca persistía en su propósito de conversar conmigo y me hacía las preguntas más extrañas, que su vecino de la izquierda, mi intérprete, me traducía en un inglés deplorable. Por mi parte, procuraba contestar con movimientos de cabeza y signos de todas clases para evitar á mi intérprete la traducción de mis respuestas, y cuando hablaba con éste, todas aquellas damiselas se reían y gritaban «yes, yes,» viniera ó no á cuento. En cuanto á Clark, el otro extranjero invitado, utilizaba continuamente su pañuelo para sacarse de la boca, sin que nadie lo notara, y tirarlos al suelo los bocados que le iban ofreciendo: de fijo que debajo de la mesa, delante de su asiento, había restos de toda la comida.

El calor, el olor chino que en el comedor se sentía, el vino caliente y los olores de los manjares habían hecho ya intolerable para nosotros dos, caucásicos, la permanencia en aquella estancia: así es que

con señas nos animábamos mutuamente para levantarnos de la mesa. El dueño de la casa comprendió, al parecer, nuestro lenguaje mudo, porque se puso de pie, y haciéndome la imprescindible reverencia me dirigió algunas palabras, dichas las cuales se levantaron todos los concurrentes. ¡Al fin! El inglés y yo nos levantamos de un salto al comprender que la fiesta había terminado... Pero el intérprete, acercándose ceremoniosamente, me dijo que el anfitrión deseaba ofrecernos ocasión de oír á las damiselas, que eran distinguidas cantatrices de Cantón, y de fumar un par de pipas, después de lo cual continuaría el banquete. ¡Qué horror! ¡De modo que teníamos en perspectiva una segunda edición de ajo y cebolla, de aceite y grasa! Pasamos á la pieza inmediata, en donde las camareras de las damiselas nos presentaron las pipas especiales de los chinos, y unos criados con luegas trenzas nos sirvieron el te. A cada uno nos dieron una tacita de te sin asas; pero como en China todo se hace al revés que entre nosotros, la taza no estaba colocada sobre el platito, sino éste, puesto boca abajo, sobre aquélla. Los criados levantaron esa tapadera, echaron en la tacita algunas hojas grises de la aromática hierba, las escaldaron con agua hirviendo y volvieron á tapar la taza con el platito. Cuando los invitados querían beber el te, cogían la taza, que abrasaba, con los dedos, de modo que se levantara un poco el plato que la cubría, y por aquella rendija sorbían el líquido de un trago, quedando las hojas detenidas por la tapadera.

En China no se pone en el te azúcar ni leche, que, por otra parte, no hacen ninguna falta, dada la excelente calidad de aquella bebida aromática.

Cuando las cantatrices hubieron entonado sus monótonas canciones, siempre en tono menor y con acompañamiento de guitarra, nuestro huésped hizo que un prestidigitador chino ejecutara sus juegos de manos, que resultaron realmente notables. El cambio fué muy agradable, pues ya no podíamos soportar por más tiempo el *peng, peng, pit, pit* del rasqueo de la guitarra. Cuando el prestidigitador hubo terminado sus ejercicios, de buena gana nos habríamos despedido para sustraernos á la segunda parte del banquete; pero el dueño de la casa nos hizo decir por el intérprete que precisamente para aquella segunda comida había reservado algunas delicadezas chinas, tales como sopa de nido de golondrina y aletas de tiburón; de modo que no tuvimos más remedio que volver con todos los convidados al comedor. Eran las diez, y durante toda una hora nos sirvieron otra docena de platos variados: lenguas de



Palitos de que se sirven los chinos para comer

patos, hocico de cerdo, esquilas guisadas con ajo y azúcar, pequeños pescados atravesados por agujas de pino, raíces de lila asadas, sesos de pescado con setas, etc. Mi intérprete me decía que eran aquellos manjares, y cuando sus conocimientos del inglés no eran bastantes para hacerse comprender, me dibujaba los respectivos objetos en los papeles-servilletas. Un plato insípido que parecía cabeza de ternera preparada al estilo de tortuga, resultó ser los famosos nidos de golondrinas. Al servicio siguiente nos pusieron delante en unas pequeñas escudillas una gelatina negra con unas yemas de huevo de color rojo oscuro: la gelatina, de la que tomé un pedacito con los palillos, me supo tanto á ácido hidrosulfúrico que me apresuré á escupirla. Mi vecino arqueó las cejas con expresión de asombro, y el intérprete, tomando un aire grave, me dijo: *vely good, that vely old egg*, «excelente este huevo muy pasado» (escribo *vely* y no *very* porque el chino no puede pronunciar la erre y la substituye por la ele). ¡Un huevo muy pasado! Este guiso del huevo pasado lo aprendí en un libro de cocina chino y lo reproduzco aquí por si alguna de nuestras cocineras quiere ensayarlo: con ceniza de leña, cal, sal, agua y algunas hierbas aromáticas se prepara una papilla espesa, en la que se ponen los huevos frescos, los cuales se guardan durante catorce días metidos allí dentro y herméticamente encerrados. Transcurridas dos semanas, ya son comestibles; pero cuanto más tiempo se conserven en aquella forma, tanto mejores serán para el gusto de los chinos, como pasa con los vinos entre nosotros; así es que un huevo de muchos años es el *non plus*

ultra de la delicadeza. ¡Y de muchos años eran los que nos sirvieron á nosotros!

Pero en este mundo todo es cuestión de gusto. Viendo que el anfitrión hablaba con mi intérprete, hice que éste me tradujera lo que aquél le decía, y me contestó que el dueño de la casa le había manifestado que, según tenía entendido, los europeos comían quesos de leche de vaca, de burra y de oveja y que los guardaban para comérselos cuando estaban podridos y oían mucho peor que aquellos huevos. Y siendo esto así, ¿cómo era que encontrábamos malos los huevos pasados? La verdad es que no supe qué contestarle.

Después de algunas sopas preparadas con aceites aromáticos y macarrones hervidos, nos presentaron un guiso que parecía hecho con cartílagos finos y blandos y cuyo sabor no era tan desagradable: eran las celebradas aletas de tiburón, de las que se come, no la carne, sino las espinas muy cocidas. Los intermedios entre plato y plato los aprovechaban los invitados, cuya hambre parecía insaciable, comiendo pepitas de melón secas, de las que cada uno tenía delante un platito, del mismo modo que en las comidas inglesas se comen almendras tostadas con sal. Por fortuna no se sirvió en aquella comida un plato poco menos que obligado en todos los grandes banquetes chinos, pescado frito en aceite de ricino; y de que tal guisado se sirve son testimonio las narraciones de todos los que han viajado por el Celeste Imperio. Cuatro años después, estando en Tsiho, en la frontera Sur del Petchili, junto al Hoango, me sirvieron en la comida manjares guisados con este aceite.

También en aquella ocasión se justificó el dicho de que «lo último es lo mejor;» en efecto, el último plato fué arroz cocido, que encontramos excelente. Y así terminó el banquete. Eran las once y nos despedimos de nuestro huésped y de los demás convidados, diciéndoles cordialmente: ¡*Tchin-Tchin!* (¡Salud, salud!). Al llegar al hotel nos hicimos servir, y nos supieron á gloria, una botella de cerveza y un trozo de queso de Roquefort, aquel mismo queso que tanto desprecian los chinos y que para nosotros constituye un manjar delicado. Otros países, otras costumbres.

Según supe después en otras ciudades, todos los banquetes de los chinos, incluso los de los mandarines del gobierno residentes en Pekín, son iguales al que acabo de describir. Cuando comen solos ó en compañía de amigos íntimos, las comidas son, por supuesto, más sencillas, pues apenas hay en el Asia oriental otra nación tan frugal y tan sencilla como aquella. Solamente los ricos y los mandarines se permiten de cuando en cuando el lujo de uno de esos banquetes, cuyos platos bastarían para llenar el *menú* de un mes en circunstancias ordinarias.

CAPÍTULO X

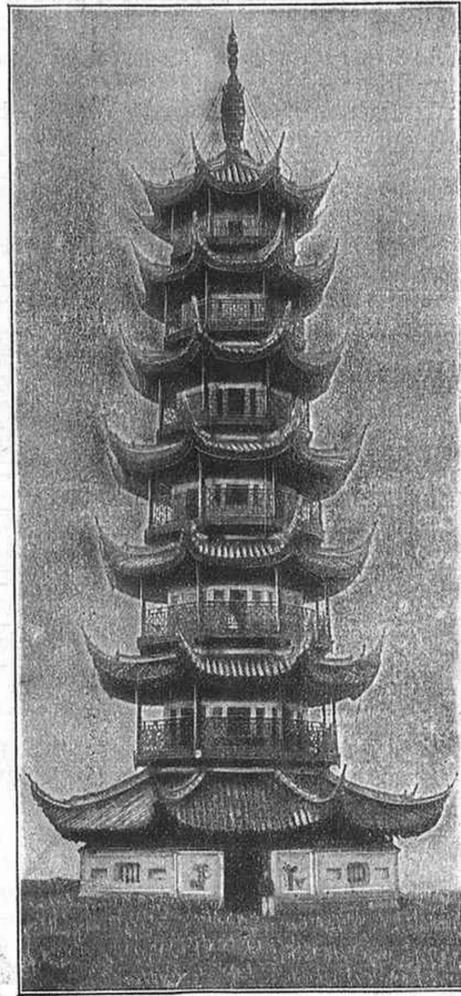
SHANGHAI

El que desde Hong Kong quiera dirigirse al gran emporio mercantil del Yangtsekiang, á Shanghai, hará bien en utilizar para ello uno de los grandes vapores-palacios del «Norddeutschen Lloyd,» porque cuanto más rápidamente haga el viaje tanto mejor para él, y los buques de la citada compañía generalmente no hacen escala en ninguno de los cinco puertos que hay entre ambas ciudades, sino que van á Shanghai directamente. Ciertamente que entre aquellos cinco puertos está Futchau, una de las capitales más populosas de China, que cuenta un millón de habitantes; pero para quien ha visto Cantón ofrece aquella escaso interés, exceptuando sus pintorescos alrededores y los hermosos paisajes que se extienden á orillas del Min. Los otros dos puertos situados al Sur de Futchau, Swatow y Hamoy, apenas merecen ser visitados: uno y otro son considerados, hasta por los mismos chinos, como poblaciones sucias, y sus habitantes no profesan grandes simpatías á los europeos, y en cierto modo no les falta razón, porque á poco de abrirse al comercio aquellos puertos, los europeos que en ellos se establecieron se dedicaron á una vergonzosa trata de culis, por el estilo de la de los antiguos portugueses en Macao. En estos últimos años ha menguado un tanto la hostilidad de los chinos; pero el número de europeos en ambas ciudades residentes no ha aumentado en la misma proporción que en los otros puertos, ascendiendo en junto á unos 350, incluso los aduaneros y los misioneros.

Lo mismo puede decirse de los dos puertos situados al Norte de Futchau, Wentchú y Ningpo; uno y otro sufren las consecuencias de la proximidad de Shanghai, y en ellos el comercio europeo no progresa lo cual es quizás debido en parte á que la nave-

gación en aquellas aguas hasta Shanghai es peligrosa.

Llegué á Shanghai entrada la noche, y por unas calles perfectamente alumbradas en las que se alzaban palacios á la moderna, dirigíme á «Astor House,» un hotel nuevo y elegante de primera clase, en



Pagoda de Shanghai

donde encontré una invitación para una fiesta que, con motivo de ser San Jorge, se daba aquella noche, á las nueve, en los jardines de Chang-Su-Ho. La invitación estaba impresa en bonito papel con caracteres dorados é iba firmada por nombres de personas respetables y conocidas. Hice rápidamente mi *toilette* y media hora más tarde me encontraba á la puerta de un jardín, junto al cual extendíase una fila de coches de lujo, de los que descendían señoras ricamente vestidas y caballeros en irreprochable traje de etiqueta. Todos penetraron bromeando y riendo en aquel jardín alumbrado por millares de faroles y luces. Sobre el bien cuidado camino se elevaban arcos de triunfo construídos con plantas tropicales y flores para mí exóticas; en todos los árboles y macizos había luces de varios colores y en el centro de un vasto césped levantábase un gran templo, compuesto únicamente de faroles chinos, que producía un efecto fantástico. Un hermoso lago, en medio del cual surgía una pagoda de treinta metros de alto, separaba aquel templo de una serie de edificios, tribunas, tiendas de feria y cafés que, bañados en un mar de luz, albergaban á millares de personas como las que estaba acostumbrado á ver en las grandes fiestas de los jardines de París y Londres, todas vestidas de etiqueta, todas de porte distinguido y maneras sueltas, todas conocidas entre sí y saludándose unas á otras. Sólo yo era extraño entre aquella gente; sólo yo no conocía á nadie. Sorprendido ante aquel raro é inesperado espectáculo, mezcléme entre la multitud y fuí observando cada uno de los grupos. Nunca ni en parte alguna he oído hablar en tan reducido espacio y en tan pocos minutos tantos idiomas: en el tiempo de fumar un cigarrillo, oí en los diversos grupos el inglés, el alemán, el francés, el italiano, el español, el dinamarqués y el portugués, pero sobre todo el inglés y el alemán, un excelente alemán hamburgués. Cuando aquellos grupos se juntaban, los que los formaban pasaban de una lengua á otra con facilidad sorprendente. ¿En dónde me había metido? Aquel jardín en que me encontraba y que, con gran contentamiento mío, estrechaba de nuevo el lazo que me unía á la patria, ¿era realmente un jardín de China? ¿Dónde estaban los chinos? A la sombra de los árboles y de los bosquecillos y detrás de los edificios, pululaban éstos como duendes criados apagando los faroles que se quemaban, substituyendo con luces nuevas las que se apagaban, llevando sillas y guardando los sobretodos de los caballe-

ros y las delicadas valonas de seda de las señoras. ¿Aquello era China, el imperio del Centro cerrado á los europeos, regido por un emperador que es el hijo del Cielo y gobernado por mandarines desconfiados, sombríos y con botones por insignias?

En los cafés y puestos de feria reinaba gran alegría: en los extensos programas figuraban toda clase de espectáculos raros; las señoras, con sus trajes de crujiente seda y cubiertas de joyas, iban de un lado á otro para oír un concierto, escuchar un drama, ver un baile ó una pieza de magia, todo dispuesto por elegantes aficionados. Y cuando todos estos espectáculos al aire libre hubieron terminado, aquella multitud inmensa se encaminó á un gran salón, adornado con columnas y espléndidamente iluminado, en donde una escogida orquesta tocaba alegres danzas, á cuyo compás las parejas describían rápidas vueltas ó se deslizaban sobre el bruído *parquet*. ¿Aquello era China?

Cuando á la mañana siguiente me asomé á la ventana de mi cuarto del hotel, ofrecióse á mis ojos una vista admirable: un caudaloso río, de media milla inglesa de ancho por lo menos, poblado de grandes vapores transoceánicos, barcos de guerra, lanchas para la carga y descarga de los buques y botes. Las banderas que en sus mástiles ondeaban mostraban todos los colores combinados de todas las maneras posibles: ingleses, austriacos, belgas, franceses, dinamarqueses, españoles; y en medio de ellas el pabellón azul de la reserva naval inglesa, el círculo rojo en campo blanco de los japoneses y el dragón azul en campo amarillo de los chinos. Pero lo que allí más abundaba era el negro-blanco-rojo de la marina mercante alemana; los buques de mayor porte y más soberbio aspecto anclados en aquel río eran alemanes, y entre ellos figuraba el gran coloso *Preussen*, del «Norddeutschen Lloyd,» á bordo del cual había llegado yo procedente del Sur. Un hermoso parque con *parterres* de flores admirablemente cuidados y grupos de frondosos árboles extendíase desde mi hotel á lo largo de la orilla izquierda del río hacia el Sur, y estaba limitado en la parte de tierra por grandes palacios de piedra, con balcones y arcadas, con verjas y puertas monumentales, desde cuyos terrados banderas de todas las naciones contestaban á los saludos de las que el viento agitaba en los buques extranjeros. Hasta donde alcanzaba mi vista ofrecíanse ante mis ojos cuadros de una vida y un movimiento grandiosos, como sólo pueden verse en los emporios mercantiles de nuestro viejo continente; y aquel movimiento y aquella vida llevaban impreso el sello de nuestra propia civilización. ¿Aquello era China?

Aquella capital europea en la puerta del Yangtsekiang, el río más caudaloso de Asia y la principal arteria comercial del imperio chino, es una de las más notables creaciones de nuestra época. Rodeada por todos lados por la cultura mongólica, situada á millares de millas al Este de Europa y á otras tantas al Oeste de América, es la avanzada más extrema de nuestro comercio, que domina el mundo, y de nuestras industrias; no es una colonia artificialmente creada y mantenida, sino una fortaleza que los intrépidos mercaderes de la última generación arrancaron al coloso mongol y supieron hacer grande y fuerte. Se ha llamado á Shanghai el «París del Asia oriental» y lo es efectivamente.

Comparadas con Shanghai, las demás ciudades europeas del Este de Asia, como Singapore, Penang, Hong-Kong, Batavia, Manila, Yokohama, Kobe, Nagasaki, quedan muy en segundo término: algunas de ellas son más bonitas, más grandes, más agradables, pero ninguna tiene un tráfico mercantil y marítimo tan considerable, ninguna tiene una población tan liberal, tan enérgica y tan aficionada á placeres.

Cierto que no hay allí maravillas arquitectónicas ni creaciones grandiosas, tales como nosotros las entendemos, pues no hay que olvidar que Shanghai está en China; pero los hombres procedentes de todos los países y de todas las partes del mundo á quienes el destino llevó á las tierras bajas, llanas, pantanosas y malsanas de la desembocadura del Yangtse, han hecho de su nueva patria, esa Babel europeo-china, una residencia sorprendentemente bella, cómoda y apropiada á sus gustos y necesidades.

Sorprendentemente, sí, esta es la palabra. Yo me había figurado la metrópoli mercantil de China como una ciudad comercial animada y ruidosa, con sus almacenes y sus muelles y sus casas de consignación de buques con los mismos trabajadores chinos y la misma porquería china que Hong-Kong; mas en cuanto dí mi primer paso por el Bund de Shanghai, me pareció que me encontraba en un sitio de baños europeo, en una Niza septentrional, tan elegante, tan distinguida, tan europea se presenta la ciudad desde el lado del río.

(Continuará)

LA NAVEGACIÓN AÉREA EN 1900.

Durante el año 1900 puede decirse que ha despertado, en las ramas de la ciencia relativas á la locomoción aérea, la actividad que había permanecido estacionaria desde los notables experimentos del malogrado Gastón Tissandier y de su hermano Alberto, y de los realizados por los capitanes Renard y Krebs en 1883.

Varios han sido los investigadores obstinados que han reanudado el estudio que tanto apasiona y tantas decepciones causa de este problema tan complejo que se llama la conquista del aire. Entre los inventores que han construído alguna máquina citaremos al conde Zeppelin, de Constanza; al Dr. Danilewski, de Rusia; al caballero Carelli, de Italia, y á Santos-Dumont, Roze y Boussón, de Francia.

A fin de resumir el estado del asunto y de indicar exactamente los progresos obtenidos en este orden de ideas al comenzar el presente siglo, haremos una crítica imparcial de esos diversos aparatos de autolocomoción aérea.

Globo dirigible del conde Zeppelin. — La descripción de este gigante de los aires, que deja muy atrás á los más enormes aerostatos, la hemos publicado en el número 979 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; por esta razón nos limitaremos hoy á recordar que está formado por una inmensa envoltura, constituida por una especie de entrelazado de alambres de aluminio y de acero, que afecta la forma de un cigarro, y que contiene diez y siete pequeños globos yuxtapuestos con una capacidad total de 11.000 metros cúbicos y una longitud de 170 metros.

Debajo de este inmenso flotador corre una viga metálica, en cada uno de cuyos extremos hay suspendida una barquilla que contiene un motor de bencina del tipo Daimler, que desarrolla una fuerza de 15 caballos y pone en movimiento por medio de correas una hélice de aluminio de 1'53 metros de diámetro. Un peso de 25 kilogramos que se desliza por un cable suspendido en los dos extremos de la viga, permite mantener el globo en una posición horizontal ú oblicua, á voluntad; un teléfono establece una comunicación entre las dos barquillas, á fin de dar á los aeronautas que las ocupan todas las facilidades para combinar las maniobras que han de ejecutarse.

Varias pruebas se han realizado con este globo en el lago de Constanza. Para contener esa máquina gigantesca habíase construído un barracón de grandes dimensiones montado sobre un pontón; después de varios fracasos, que sería largo referir, se pudieron llenar los diez y siete compartimientos; pero por lo que toca al resultado de los experimentos, es muy difícil formarse de ellos una opinión exacta por lo que acerca de los mismos dicen los que presenciaron las pruebas. Según unos, en su salida del 17 de octubre, el globo recorrió 11 kilómetros alejándose del lago, luego viró á bordo para cernearse por encima del barracón, descender, tomar remolque y volver á su punto de partida; según otros, la ascensión se efectuó en un momento de calma chicha, como lo demuestra el hecho de haber caído verticalmente un globo piloto, y á consecuencia de un accidente de la máquina y de una avería en uno de los diez y siete pequeños globos, el aparato comenzó á descender bruscamente sin poder volver al barracón con sus propios recursos.

En todo caso, es evidente que la concepción del conde Zeppelin adolece de más de un defecto y que habría podido resultar mucho mejor, dadas las sumas gastadas en su construcción. Admitiendo que los diez y siete pequeños globos sean enteramente estancos, si el problema de la estabilidad longitudinal está resuelto, no lo está el de la estabilidad vertical. La fuerza motriz es á todas luces insuficiente para esta enorme masa de 170 metros de longitud, sobre la cual han de obrar con irresistible energía los vientos laterales.

De suerte que á pesar de sus dimensiones inusita-

das, esta máquina aérea no ha dado en realidad resultado probatorio alguno.

Globo de M. Santos-Dumont. — En 4 de septiembre último, M. Santos-Dumont convocó á los miembros del Congreso aeronáutico para que asistieran á las pruebas de su globo dirigible número 4, por medio del cual ese atrevido *sportman* esperaba realizar las condiciones impuestas en el concurso abierto por el *Automobile-Club de France*; es decir, recorrer el trayecto del parque de aerostación desde el *Aero-Club* á la torre Eiffel y viceversa. Esta distancia es de unos 11 kilómetros á vista de pájaro, que se han de

por caballo. No resultando, sin embargo, bastante la fuerza ascensional del globo, fué preciso aumentar el tamaño de éste. Durante estas probaturas expiró el plazo del concurso del *Automobile-Club*, y hasta el año actual no veremos á M. Santos-Dumont reanudar sus ensayos con una tenacidad digna de recompensa, para obtener el premio de 100.000 francos instituído por M. Deutsch para estimular el ardor de los navegantes aéreos.

Globo dirigible de M. Roze. — Admitiendo que M. Santos-Dumont logre el premio Deutsch, como es posible, no habrá hecho en realidad más que repetir el experimento de los capitanes Krebs y Renard, substituyendo el motor de gas detonante por el motor eléctrico; la cuestión de la dirección práctica de los globos no habrá adelantado un solo paso si la velocidad del aerostato no es superior á 6'50 metros por segundo. Dudamos en absoluto de que el aparato de M. Roze, que hemos visto casi terminado en un cobertizo levantado cerca del Sena en Argenteuil, pueda correr siquiera un kilómetro fuera del cobertizo el día de su primera salida.

Lo mismo que en el globo Zeppelin, la envoltura del globo Roze se compone de un armazón de tubos de aluminio rodeado de una tela impermeable y que contiene varios globos con tabiques estancos; hay en él dos flotadores colocados paralelamente y unidos por otro armazón también de aluminio en donde está la barquilla (de dos pisos, con un paseo y el cuarto de máquinas) con el mecanismo motor y las hélices ascensionales y propulsivas. Como cada flotador tiene una capacidad de 1.500 metros cúbicos, la fuerza ascensional será, pues, por lo menos, de 3.500 kilogramos.

Sin detenernos en explicar las obscuras teorías del inventor, podemos predecirle un fracaso absoluto, porque en su construcción no ha tenido en cuenta ninguna de las indicaciones de la práctica. Prescindiendo de las dificultades para mantener el equilibrio de los dos flotadores, de las desigualdades debidas á las dilataciones variables del gas en estos dos globos, es evidente, *à priori*, que su motor de 20 caballos será radicalmente impotente para dar una velocidad propia bastante para el sistema, y es evidente que la manera de reunir los materiales que componen el armazón de aluminio es en extremo precaria, por lo cual necesariamente las piezas habrán de dislocarse al menor esfuerzo que tengan que hacer ó sufrir.

Auto-aviador Boussón.

— Al igual que M. Roze, M. Fermín Boussón es partidario de un sistema mixto, que consiste en no dejar al flotador lleno de hidrógeno otro papel que el de sostener el peso muerto sin concederle ningún excedente de fuerza ascensional. Esta, como la propulsión en sentido horizontal, debe ser proporcionada por un mecanismo de alas que obra sobre el aire á manera de la hélice ó del ala de un pájaro. Las pruebas realizadas recientemente en la meseta de Avron distan mucho de ser concluyentes: el inventor ha podido comprobar varios defectos capitales en su aparato, y le ha parecido más conveniente deshinchar el flotador que abandonarlo á la brisa. Por otra parte, es preciso reco-

nocer, estudiando la patente sacada por M. Boussón, que es bastante quimérico entrar por semejante camino que, en nuestro concepto, no puede conducir á ningún resultado ventajoso.

En resumen, actualmente estamos todavía muy lejos de la solución definitiva del problema de la locomoción aérea; se han consumido mucho tiempo, muchos esfuerzos y mucho dinero sin hacer adelantar un paso el asunto, y lo propio sucederá mientras los inventores persistan en dar vueltas dentro del mismo círculo. Se impone ante todo una mejora que no ha podido conseguirse desde que existen los globos, es decir, desde hace más de cien años: la estabilidad en sentido vertical sin pérdida de gas ni de lastre. Y esto es lo que sería lógico que se consiguiera antes de abordar la dificultad mayor, que es la dirección en el sentido horizontal. Sin embargo, parece que los aeronautas no se fijan en este progreso

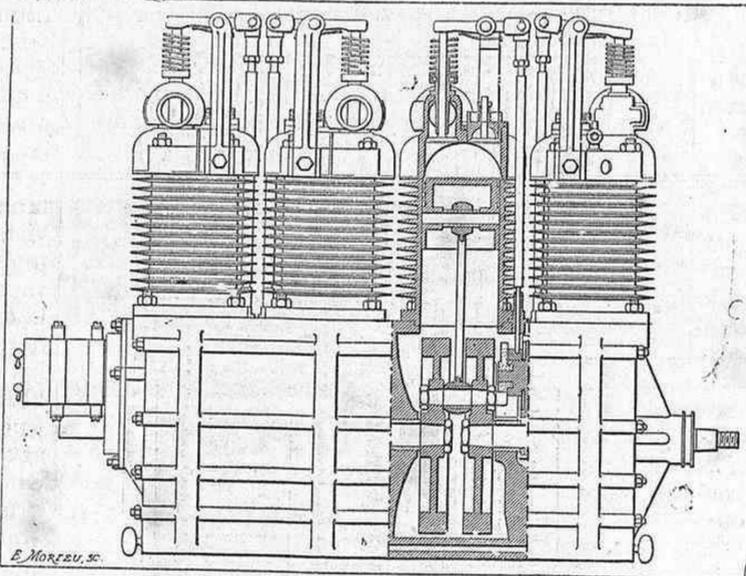


Fig. 1. — Motor de cuatro cilindros construído por M. Buchet para el globo dirigible de M. Santos-Dumont

recorrer en menos de media hora, ó sea con una velocidad de 22 kilómetros por hora, equivalente á seis metros por segundo por término medio (velocidad alcanzada por el globo dirigible *La France* en 1883 y 1885).

El globo de M. Santos-Dumont, al revés del del conde Zeppelin, es minúsculo; tiene la forma de un huso y apenas contiene 500 metros de gas hidrógeno puro. No lleva red ni cubierta de suspensión; una red de cuerdas delgadas parte de dos cintas sólidamente cosidas á la parte inferior del globo y sostiene una larga percha de bambú, hacia el centro de la cual están implantados el motor con sus accesorios y un simple asiento para el aeronauta. El propulsor,

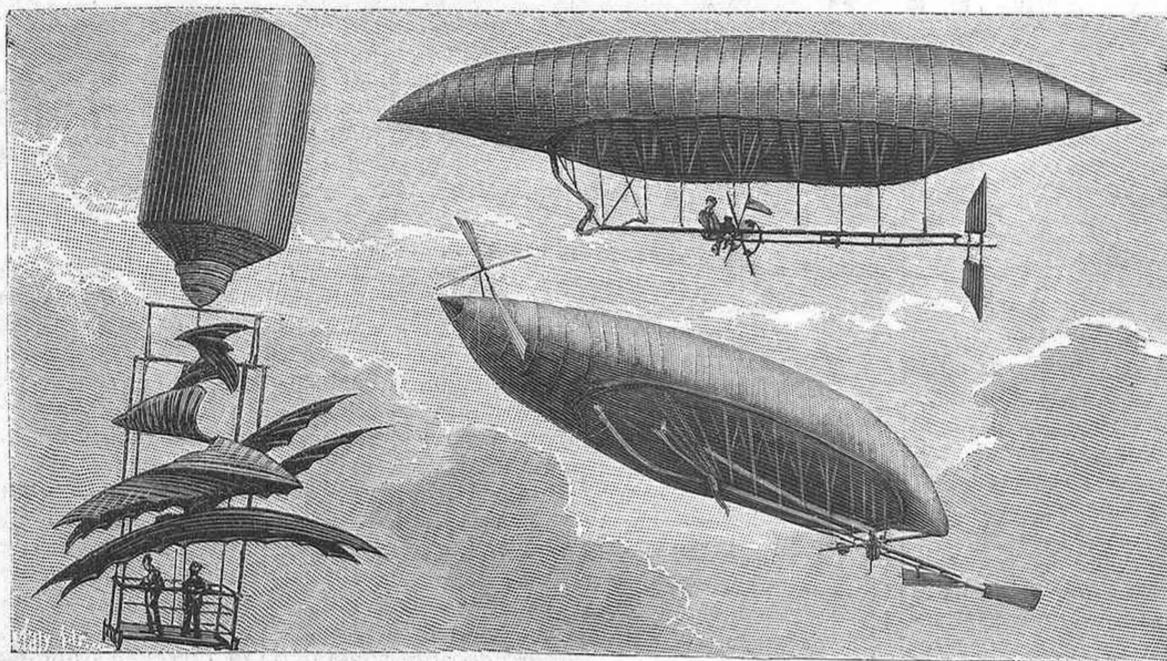


Fig. 2. — A la derecha el globo de M. Santos-Dumont (dos posiciones); á la izquierda el auto-aviador Boussón

una hélice de dos paletas de gran superficie, gira delante de la percha, á la que se encuentra unida por soportes muy ingeniosamente dispuestos para sostener el árbol de sostén.

M. Santos-Dumont se ha esforzado, preciso es reconocerlo, en dar al conjunto de su aparato la mayor rigidez posible, disponiendo extensores de alambres de acero y manteniendo su globo bajo presión. Pero el punto flaco estaba en el timón, vasta superficie de tela fijada en la parte de atrás y que no pudo ser mantenida en posición conveniente á pesar de todos los esfuerzos intentados.

El motor, tipo Buchet, de dos cilindros enfriados por aletas, podía desarrollar seis ó siete caballos; pero comprendiendo que era insuficiente, M. Santos-Dumont hubo de substituirlo por otro modelo que desarrollaba 16 caballos con el peso realmente muy notable de 92 kilogramos, ó sean 5'500 kilogramos

primordial, sin el cual el globo, aun provisto del motor más enérgico con el menor peso posible, no será nunca verdaderamente práctico.

Esperemos, no obstante, que lo que no ha podido lograr el siglo XIX, á pesar de toda su ciencia, logrará al fin realizarlo su sucesor, dotado de mejores medios ó de más ingenio. Los perfeccionamientos de detalle se irán sumando unos á otros hasta el día en que un espíritu sintético resumirá y coordinará todos estos progresos para constituir la soñada máquina. Por esto, aun deplorando los errores, cometidos las más de las veces por ignorancia ó rutina, es preciso alentar estas investigaciones, porque al término de esta senda erizada de obstáculos, que seguramente serán vencidos, se levanta el sol de una nueva era en que el camino de los aires será al fin abierto á la humanidad.

H. DE GRAFFIGNY.

LO QUE CUESTA EL HUMO

Conocidos son los inconvenientes que ofrece el humo arrojado sobre las ciudades industriales por las chimeneas de las fábricas. En todas las grandes poblaciones los reglamentos de policía prescriben el empleo de aparatos fumívoros destinados á quemarlo y á evitar de este modo que incomode al público, siendo tanto más de extrañar que estos reglamentos sean siempre letra muerta, cuanto que ese humo, difundido en la atmósfera, no solamente causa perjuicios importantes á los edificios vecinos, sino que además representa una pérdida considerable de combustible mal utilizado.

Por lo que se refiere solamente á Londres, el presidente de la *Coal Smoke Abatement Society* calcula en unos doce millones de libras esterlinas (300 mil-

lones de pesetas) la pérdida total anual resultante de los métodos imperfectos de combustión del carbón.

Cada año se consumen en aquella capital unos doce millones de toneladas de hulla, que cuestan unos diez y seis millones de libras esterlinas (400 millones de pesetas), sin contar tres millones de toneladas consumidas por las fábricas de gas.

Piérdense las dos terceras partes del calor desarrollado por la combustión de esta cantidad de carbón, de suerte que la pérdida por este concepto sería de ocho millones de libras esterlinas (200 millones de pesetas). Los perjuicios ocasionados por el humo en las pinturas exteriores y en el decorado de los edificios, en los cortinajes, muebles, ropas, vestidos, etcétera, se estiman en unos tres millones, y los que resultan del escape directo del humo en el aire alcanzan la cifra de un millón. Todo ello, según se ve, forma la suma antes citada de los doce millones.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS DEFRESNE A LA PANCREATINA
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
 POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Dig-stiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES **JORET y HOMOLLE**
 CURA **LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
 y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
 EMPLEAR **los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ**
 adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.
LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS
 CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO
 Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

IDEARIUM. — NOEL. ALMANAQUE PARA 1901.
— La notable revista granadina *Idearium* ha publicado un almanaque que contiene interesantes artículos de Alarcón, Alonso Terrón, Cuenca, Durbán Orozes, Hidalgo, Gago Palomo, Gómez Moreno, Gutiérrez, Ledesma, López y Sánchez Gerona, y artísticas ilustraciones de Almodóvar, Fortuny, Latorre, Marín, Muñoz Vega, Sánchez Gerona y Villalobos. El almanaque ha sido impreso en la tipografía de Paulino Ventura Traveset.

ITALIA POLÍTICA, por José de Parres Sobrino. — A raíz del asesinato del rey Humberto I, el distinguido publicista y diputado á Cortes Sr. Parres Sobrino publicó en la revista «España» sobre el modo de ser de la política italiana una serie de artículos que recientemente han sido reunidos en un tomo. En ellos desarrolla el autor temas tan interesantes como son los siguientes: analogías y recuerdos italo-hispanos; los poderes del Estado en Italia; los partidos políticos en Italia; el irredentismo italiano; la política exterior y colonial de Italia, y la triple alianza y sus consecuencias. Enumerados estos títulos, huelga hablar de la importancia de los asuntos que han sido objeto del trabajo del Sr. Parres, por lo que únicamente diremos que éste ha sabido tratarlos con verdadero conocimiento de causa, que su obra revela profundos estudios en la materia y que la manera con que los presenta y desenvuelve permite formarse verdadero y completo concepto de lo que es Italia, considerada desde el punto de vista político.

PARÍS. — Con motivo del primer concurso de carteles anunciadores de sus productos, del que nos ocupamos en el número 996 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la fábrica de cigarrillos bonaerense «París» ha publicado un folleto que contiene los retratos de los individuos que componían el



COQUETERÍA, cuadro de Eusebio Sánchez y González

jurado, los de los artistas premiados, facsímiles de los carteles que obtuvieron premio y del diploma de mérito y otros interesantes grabados. En el texto se insertan la crónica del concurso, la reseña de las fiestas con motivo del mismo celebradas, los juicios de la prensa y otros originales. El folleto, número único, ha sido impreso en Buenos Aires en el establecimiento «Galileo.»

LO CANT DELS MESOS, por Víctor Catalá. — Las doce composiciones que contiene este libro son obra de un verdadero poeta que siente hondamente las bellezas que la naturaleza despliega en cada uno de los meses del año y sabe revestirlas de forma encantadora. Leyendo esas poesías, el alma se identifica con los delicados sentimientos del autor y aprecia en todo lo que valen aquellas bellezas que tan bien canta el Sr. Catalá; los versos en que están escritos los pensamientos elevados en ellas prodigados y las nobles tendencias que en todas se revelan son otras tantas cualidades dignas de las mayores alabanzas. *Lo cant dels mesos*, impreso en Barcelona en la tipografía de L'Avenç, se vende á una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica, revista de alcaloidoterapia y medicina práctica que se publica mensualmente en Barcelona; *La Opinión Postal y Telegráfica*, revista científica, literaria y de información para el comercio, industria y productos nacionales que se publica en Barcelona tres veces al mes; *El Mundo Latino*, gran publicación intercontinental, órgano de los intereses de la raza latina de ambos mundos, que se publica semanalmente en Madrid; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *La patria de Cervantes*, revista mensual literaria ilustrada que ha comenzado á publicarse en Madrid; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina; *El pensamiento latino*, revista internacional latino-americana-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas *Afecciones del Corazon*, *Hydropesias*, *Toses nerviosas*; *Bronquitis*, *Asma*, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los *Ferruginos* contra la *Anemia*, *Clorosis*, *Empobrecimiento de la Sangre*, *Debilidad*, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las *Grageas* hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las perdidas*.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el verdadero HIERRO QUEVENNE ▶
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

LA HARINA MALTEADA VIAL
 AUTODIGESTIVA
 es la única que se digiere por sí sola
 Recomendada para los **NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE**, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.
 PARIS, 8, Rue Vivienne.
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS

ALIMENTO DE LOS NIÑOS

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago* y de los *Intestinos*, *Convalecencias*, *Continuación de Partos*, *Movimientos febriles é influenza*, etc.
 102, Rue Richelieu Paris, y en todas farmacias del Extranjero.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.